



# LA ILUSTRACIÓN CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BÁLMEZ. CISNEROS.

EPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 19. — Madrid 5 de Julio de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

## SUMARIO

TEXTO.— *La decena*, por M. Ossorio y Bernard.— *Los grabados*.— *Carta de Roma*, por X.— *Poesías del Duque de Almenara Alta*, por Juan Catalina García.— *Tradiciones de Tierra Santa*, por Manuel Polo y Peyrolón.— *Epigrama romana*, por Fidel Fita.— *El 13 de Enero*, por Carlos Frontaura.— *Andrés el pescador*.— *El Arte religioso*, por M. de A.— *Jubiléo Sacerdotal de Su Santidad León XIII.*— *Noticias*.— *Bibliografía*.

GRABADOS.— *Mr. Goldie*.— *Córdoba*.— *A las Alas*.

## LA DECENA

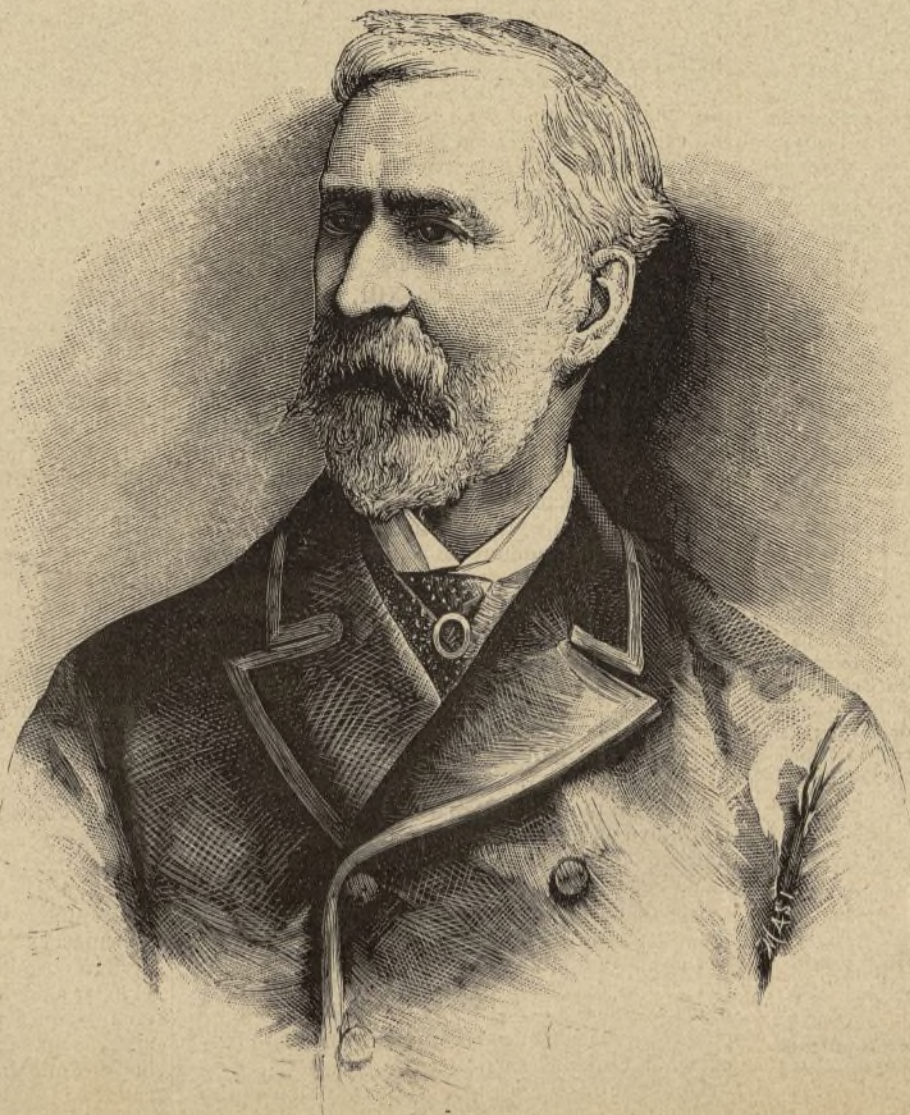
**L**a Exposición de Bellas Artes, pasados los primeros días de curiosidad y apasionamiento y conocida la distribución de premios, ha perdido su interés: la moda la ha abandonado, y únicamente los amantes verdaderos de la belleza artística continúan frecuentando sus salones. Tal vez haya influido más que nada en lo efímero de su importancia el mal acuerdo de fijar precio de entrada todos los días de la semana con excepción de los domingos, pues siempre he creído y sigo creyendo que en Exposiciones, Museos y Bibliotecas, antes debe llamarse al pueblo con todo género de facilidades, que retraerle exigiéndole dinero. Museos hay en Madrid donde se han atesorado verdaderas riquezas, y que no pueden visitarse *nunca*, á menos de lograrse para ello papeleta especial. Y es de advertir que dichos Museos se hallan sostenidos por los fondos públicos, para que sea mas chocante el hecho de prohibirse la visita del público que los sostiene.

Alejado, pues, el pobre del nuevo Palacio del Hipódromo, y cansado el rico de frecuentar sus desiertas salas, la Exposición de Horticultura fué durante algunos días punto predilecto de reunión, y sobre todo en las noches de concierto, gracias á la profusa iluminación del Parque de Madrid, convertido por la Sociedad Hortícola en una

decoración mágica en que se combinan con la naturaleza las imitaciones del arte y los progresos de la ciencia. Las inmediaciones de la montaña rusa, la gruta, los lagos, las ruinas, todo iluminado con luces de gas, lámparas eléctricas y farolillos á la veneciana, ofrecía el aspecto de una inmensa decoración de Busato, trabajada para prestar mayor encanto á una obra musical. Es posible que muchos de los concurrentes nocturnos á la Exposición citada no hayan logrado explicarse por qué se denomina aquel recinto Exposición de Horticultura; pero todos indistintamente han elogiado la iluminación y han aplaudido la música, con lo cual queda justificada la Exposición de referencia, cuya vida ha sido no obstante más breve de lo que pudiera esperarse,

porque otra Exposición, la de Filipinas, ha venido á dar la nota de actualidad.

La Exposición filipina, celebrada en el campo grande del Parque de Madrid, utilizando los edificios que se construyeron para la de minería, se ha inaugurado á la española, esto es, antes de hallarse terminadas por completo sus instalaciones. Los grandes calores obligarán ahora á cerrarla por un par de meses y en Septiembre podrá apreciarse por completo la importancia, novedad y encanto del certamen. En los días que lleva abierta y á pesar del calor horrible que se siente en ella, el público la ha considerado como una inesperada y completa revelación de lo que es, supone, representa y significa el archipiélago filipino: en las instalaciones del Parque se encuentra cuanto forma la vida, ayuda á la producción ó motiva la actividad de nuestros hermanos de allende los mares. El instrumento agrícola, el aparato industrial, el arma guerrera, la fauna y la flora de aquellas apartadas regiones; el arte según lo presienten y lo cultivan aquellos insulares; la industria de los tejidos, que tan justa fama ha proporcionado siempre á los filipinos; productos tan importantes como el tabaco y el azúcar; todo esto, que es admirado por cuantos visitan la Exposición, no es, sin embargo, lo más característico y digno de atención. Esto lo constituye la ranchería de igorotes, con sus chozas elevadas y sus trajes elementales, y en ocasiones paradisiacos, porque para muchos peninsulares constituye un verdadero descubrimiento la existencia de aquellos españoles semi-desnudos, con los cuerpos pintados y la cabeza llena de plumas. Posible es también que la misma curiosidad que despiertan en nosotros los igorotes despertemos nosotros en ellos, y que si á nosotros nos extraña la frescura de sus trajes, ellos se admiren á su vez de las montañas que las señoras llevan sobre sus cabezas, los añadidos que se ponen precisamente en donde menos falta hacen y los sombreros que los hombres llevamos, y cuya hechura, dimensiones y carácter no han podido explicarse satisfactoriamente desde que el rey Don Felipe II tuvo el mal gusto de imponer con el ejemplo la moda. La Exposición fili-



MR. GOLDIE.



pina es hoy, y será con más motivo en el otoño, objeto de interés y curiosidad para los madrileños todos, motivo de estudio y origen acaso de más fecundas relaciones entre los españoles de la península y los del archipiélago filipino.

Con la clausura de las tres Exposiciones coincide la de las Cortes españolas. Esta última distracción parece que quedará aplazada hasta el mes de Noviembre venidero.

No es necesario añadir que una vez cerradas Exposiciones y Cortes, el grito de ¡Adiós, Madrid! dado ya por muchas personas, irá corriendo de boca en boca; las empresas de transportes verán llegado el momento de realizar injustificadas ganancias y en las residencias veraniegas se dispondrán a cumplir el precepto de *dar posada al peregrino*, siempre que el peregrino tenga su bolsa bien provista, aunque no lleve conchas.

Las conchas las tienen los que nos albergan temporalmente en San Sebastián y el Sardinero.

Y los sentenciados a Madrid perpetuo nos resignaremos a seguir presenciando la representación de *La gran vía*, que ha entrado ya en su segundo año y función 570, ó lo que es lo mismo, que ha producido a sus autores mayores derechos que *El drama nuevo*, de Tamayo; *El tanto por ciento*, de Ayala, y *Vida por honra*, de Hartzenbusch... Entiéndase bien, que todas ellas juntas.

Misterios de la moda y aberraciones de la humanidad.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## LOS GRABADOS

MR. GOLDIE.

Mr. Goldie nació en York en 9 de Junio de 1828, procediendo de una antigua familia escocesa y debiendo a su abuela el beneficio de la fe católica, para conservar la cual aquella mujer ilustre tuvo que emigrar de su país y enemistarse con sus parientes protestantes, refugiándose en un convento de Francia, donde vivió transcurridos los días del Terror. Por parte de madre, Mr. Goldie descendía de una familia italiana que cuenta en su seno varios Santos. Educóse en el gran Colegio católico de Ushaw, donde se conservan intactas las buenas tradiciones religiosas de Inglaterra; allí conoció al célebre Pugin, restaurador del arte gótico en Inglaterra, y, entusiasmándose por la arqueología y la arquitectura cristianas, resolvió consagrarle su vida. Para Mr. Goldie el arte fue ante todo una manifestación religiosa, siendo imposible enumerar las iglesias, conventos y altares que edificó en las tres islas británicas durante treinta años, con un talento siempre fecundo y siempre nuevo; acaso su obra más considerable sea la Catedral de Siglo, en Irlanda; la más bella es, sin disputa, la capilla de las Señoras de la Asunción en Londres. Pío IX recompensó sus trabajos haciéndole caballero de la Orden Pontificia de San Silvestre. Mr. Goldie falleció en Saint-Servant, Francia, el 1.º de Marzo del corriente año.

CÓRDOBA.

Es capital de la provincia de su nombre y Silla episcopal. La fundación de Córdoba se pierde en la oscuridad de los tiempos; fué Corte de los Reyes moros, y la familia Ben-Omía dejó monumentos suntuosos en esta ciudad, como es la antigua mezquita, antes templo de Jano y hoy Catedral, cuyo edificio es magnífico y único en su clase. Tiene 620 pies de longitud y 440 de latitud, 16 puertas usuales, 29 naves a lo largo y 19 a lo ancho, en las cuales se cuentan más de 400 columnas de preciosos jaspes y mármoles de diversos colores, 53 capillas, y en el centro 19 altares y el coro, cuyas maderas son de exquisito trabajo en la parte de escultura; la torre de esta iglesia es de forma piramidal. Esta ciudad es patria de la Princesa Doña María, hija de los Reyes Católicos y de muchos hombres esclarecidos en virtud y en letras, como son, entre otros, San Eulogio, los dos Sénecas, Lucano, Avicena, Aberroes, filósofo y médico; Fernán-Ruiz, arquitecto de la Catedral de Sevilla; Fernán-Pérez de Oliva, catedrático de la Universidad de Salamanca en el siglo XVI y uno de los primeros eruditos que ensayaron perfeccionar la lengua castellana; Juan Ruiz, llamado el Vandalino, célebre platero; Juan Valdés Leal y Luis Zambrano, pintores; Pedro Duque Cornejo, escultor; Gonzalo de Agora, escritor que introdujo la táctica suiza en nuestras tropas; y Juan de Mena y Luis de Góngora y Argote, poetas.

A LAS FIERAS.

Este cuadro, uno de los más interesantes de la actual Exposición de Bellas Artes, es original del joven pintor gallego D. Silvio Fernández, y ha sido objeto de una justa distinción de parte del Jurado calificador.

## CARTA DE ROMA

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.



NE importancia evidente y significación extraordinaria el triunfo logrado en Roma por los elementos católicos en las últimas elecciones municipales, por lo mismo que la prensa radical ha pretendido en los últimos meses prestar determinado carácter al resultado de la lucha en los comicios. Ciertamente que los católicos, consecuentes con su programa y tradiciones, han excluido de la contienda electoral, de índole administrativa, cuanto tuviera una significación esencialmente política, limitándose a apoyar candidaturas de hombres de probada honradez, moralidad administrativa y religiosidad sin fanatismo. El clero acudió a las urnas, lo mismo para la constitución de las secciones que para la votación de los candidatos, y el resultado de la contienda fué conocido en el Vaticano, antes, puede decirse, de que lo conociera el Gobierno. Entre los vencedores figuran Mario Chigi, Mariscal del Cónclave; el Príncipe Pablo Altieri, primogénito del comandante de guardias pontificias; el doctor Alejandro Ceccarelli, médico del Papa, el Presidente de la *Unión romana*; el Comendador Pacelli, Director que ha sido durante muchos años de *La Voce della Verità*. El número total de electores que acudió a las urnas ascendió a 13.800, habiendo obtenido alguno de los candidatos católicos 12.735. De los liberales, el que sumó votación mayor no pasó de 6.500, número bastante menor que el de los candidatos católicos que obtuvieron menos votos. En Génova, lo mismo que en Roma, el triunfo ha sido para los candidatos católicos, y también lo hubiera sido en otras importantes capitales, sin algunas lamentables escisiones. Como dato curioso recoge la prensa el de que son unos 5.000 los empleados al servicio del Gobierno que han tomado parte en la votación.

El *Journal des Debats* asigna a las elecciones municipales de Roma excepcional importancia, con motivo de los proyectos de conciliación de que viene hablándose.

A este mismo propósito, y para que los deseos de unos y las asperezas de otros no logren en el concepto público mayor alcance del que tiene realmente, Su Santidad se ha creído en el caso de dirigir una circular, importantísima como todas las suyas, a las Nunciaturas apostólicas. En ella se trata de la mencionada reconciliación, pero en términos generales y sin las afirmaciones concretas de que se hace eco la prensa, se indica la necesidad del poder temporal para la garantía de la independencia del Soberano Pontífice; pero no se determinan los límites de las condiciones materiales, sin los cuales este poder no existiría. Esta decisión la reserva verosímelmente el Soberano Pontífice para el día en que se entablen serias negociaciones con objeto de restituir al Papa el poder temporal, que reivindica firmemente la circular indicada.

Como indicación nueva de los éxitos de la sabia política de Su Santidad León XIII, debo consignar un nuevo acto que puede ser de grandes resultados para la paz y de tranquilidad para un país profundamente agitado hoy.

Mientras que Mons. Rufo Scilla, enviado extraordinario del Soberano Pontífice en las fiestas jublares de la reina Victoria, recibe en Londres las pruebas más distinguidas de afecto y consideración, el Padre Santo, siempre preocupado por los intereses de la Iglesia, en aquella parte de la cristiandad que mereció el sobrenombre de *Isla de los Santos*, ha decidido enviar a Irlanda, en calidad de Comisario Pontificio, a uno de los más eminentes consultores de la Propaganda, Mons. Ignacio Pérsico, que ha sido sucesivamente Capellán en el ejército de la India, Obispo de Savannah y después de Aquino y Pontecorseo. El fin de la nueva misión de Mons. Pérsico es pacificar la población irlandesa y obtener que el clero, por el establecimiento de las relaciones cordiales con las autoridades británicas, pueda mejorar la situación moral y material de Irlanda. Esta misión constituye un nuevo paso muy importante en la vía de las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y la Santa Sede.

Una diputación de Florencia, compuesta de distinguidos señores, ha tenido el honor de ser recibida por el Sumo Pontífice, en cuya audiencia expresaron su reconocimiento a Su Santidad por haberse dignado elevar a la dignidad cardenalicia a su ilustre conciudadano, el Rdo. P. Agustín Bausa, de la esclarecida Orden Dominicana.

Después fué recibido por Su Santidad en audiencia de despedida S. E. Mons. Angel di Pietro, nuevo Nuncio apostólico de Madrid, para donde salió ayer por la tarde.

Su Santidad se dignó recibir también a monseñor Doppelbaner, Rector de la Iglesia nacional teutónica de Santa María *dell'anima* y a los Sacerdotes capellanes de la misma, los cuales dieron las gracias a Su Santidad por la fiesta de San Bonifacio concedida a su iglesia, y por el nombramiento del cardenal Hergenroether, protector del Instituto.

Recibió también el honor de la audiencia pontificia Mons. Laici, Capellán común de Su Santidad, el cual presentó al Santo Padre los *Agnus Dei* trabajados por los frailes cistercienses.

A última hora circula el rumor, que no me atrevo a creer, de que el Gobierno italiano, descontento del resultado de la lucha electoral, trata de disolver el Consejo municipal, y nombrar otro de real orden.

Sería el colmo de la temeridad y de la inconsecuencia de doctrina.

X.

Roma 26 de Junio de 1887.

## POESÍAS

DEL DUQUE DE ALMENARA ALTA.



UNQUE sea el último en el orden del tiempo y el de menos autoridad de cuantos han dedicado entusiastas frases de alabanza a estas poesías, antiguas obligaciones que nacieron en las aulas a la par de una amistad verdadera, que luego enardeció el andar batallando en el mismo palenque contra una revolución triunfante, traen mi humilde opinión a este lugar en que debiera ejercitarse pluma de más alto vuelo que la mía, harto cansada en la hora presente.

Si renaciera aquella lozanía de la voluntad con que antaño dábamos batalla los jóvenes que obedecíamos principalmente al noble Duque, entonces marqués de Monesterio, aun cuando por su genial modestia obligó a otro a llevar el título de jefe de la nobilísima y juvenil cohorte; si por rara fortuna, nunca por mí lograda, gozase ahora de la más fervorosa elocuencia y del saber más cierto; si enardecido el corazón y adiestrado el entendimiento con toda especie de saber, me viese a mí mismo digno de hacer el elogio de este libro y hombrearme con los que me han precedido, desde el cultísimo Valera hasta el prodigio de la elocuencia moderna, don Alejandro Pidal, diera por bien empleados el espacio de las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA de que hoy me sirvo y la benignidad excesiva de su Director.

Pero me consuela el pensar que en la fúnebre corona con que se enaltece la memoria de un muerto ilustre se admite también la florecilla que ofrece la buena amistad que no anublaron ninguna circunstancia ni motivo, porque jamás fueron contrarios a ella, y que la muerte no ha podido quebrantar tampoco, antes bien, como corresponde a personas bien nacidas, justifica los lazos que anudaron prósperos sucesos. Porque nosotros, esto es, los que en la época mencionada andábamos juntos, calificábamos de prosperidades y venturas el continuo luchar por la Iglesia, la propagación y proclamación hecha con riesgos constantes y en altas voces de nuestras ideas católicas y monárquicas, y el mantener firme el espíritu y constante el propósito cuando el motín rugía en las calles y penetraba suelto por los balcones del lugar de nuestras asambleas.

En aquel lugar, antes de que la cizafia rompiera la costra del suelo donde la buena fe, quiero creerlo, había depositado ciega la fatal semilla, es donde dió a conocer el Duque de Almenara y Marqués de Monesterio sus rarísimas condiciones de orador y de poeta. Y ¡caso raro! aquel hombre tan dulce de carácter, apacible hasta en las ocasiones donde la indignación brotaría aunque estuviese encubierta por duros bronce, y melifluido en sus procederes despedía los torrentes de su elocuencia siempre que subía a nuestra tribuna y se manifestaba apasionado, enardecido, fogoso, de tal modo que por la vehemencia de su palabra y por la rapidez con que la enunciaba, podía compararse, no menos que por otras dotes, con Moreno Nieto, Pidal y algunos más de los que se han hecho notar por aquella rapidez y vehemencia.

Pero cuando aparecía el poeta, y también fué en el lugar aludido donde se dió a conocer y estimar como si quisiera honrar su propia casa mejor que la ajena, semejaba al torrente que a la hora de derrumbarse camina apacible por entre amenas florestas y valles tranquilos. Sin duda por esto, pulsando su propia naturaleza poética, no escogió para sus poesías asuntos donde el vibrar del sentimiento ha de ser enérgico y vivo, sino aquéllos otros cuya misma pro-



fundidad, escondida en el fondo del corazón, los libra de las conmociones exteriores.

Así, quien, pensando lo contrario, buscarse robustos acentos en una de las composiciones que más se prestan á ellos, la dedicada á D. Alfonso XII en el día de su entrada en Madrid tras de largo destierro, se equivocaría, no obstante ser aquella ocasión propicia para recordar el amante de la dinastía, de la religión y de la patria, los graves daños y horribles ofensas que habían recibido en el período que dicha entrada cerró casi del todo. Porque el poeta, dejándose mover de su genial dulzura y no de rencores nunca como entonces disculpables, no recordaba las pasadas angustias sino para decir:

¡Ven, Rey bendecido! Ni sangre ni llanto  
Los lirios empañan que huella tu pie;  
No oculta en sus pliegues rencores tu manto,  
Ni el cetro que vibras es rayo que espanto  
Al ánimo dé.

De manera que no era nuestro malogrado Duque un poeta de arranques vigorosos y de acentos épicos, sino lírico y descriptivo, sometiendo de continuo su fantasía á las leyes de este concepto poético. Acaso alguna vez y en este defecto, si por tal se tiene, incurrieron algunos vates muy celebrados, dejó vagar la fantasía más de lo que por lo común se juzga justo, y pecó un tanto de vago y amplificador; pero quien no exija que todos los poetas se sometan á idéntica regla y medida comprenderá y disculpará esa manera conociendo la extraordinaria variedad de los ingenios y los distintos aspectos que ofrecen, aun dentro de una época, de una escuela ó de un gusto dominante. Me creo tanto más justo al hablar así, cuanto que es objeto de mi preferencia la poesía sobria, vigorosa y poco abundante, aun cuando sea con menoscabo de la locución poética.

Toda el alma del Duque, noble, enamorada de las grandes ideas y sensible á todos los afectos puros, está vaciada como en un troquel en el tomo de sus poesías. Quien las lea y conociera á su autor no puede dudar de ello. En esas composiciones se ve al cristiano sincero, al patriota de buena cepa, al hombre en quien el amor de la mujer, bien encaminado y propio de los antiguos caballeros, halla culto discreto y puro. Esos tres conceptos perfectamente humanos, y que son decoro y gala de nuestra raza, son los que movían y sazaban el estro del poeta. Las altas dotes de su inteligencia cultivadísima; la excelencia de la sangre, noble en sus venas tanto como en las de sus insignes antecesores, lo cual va siendo raro; la cristiandad de su familia, heredada y conservada por él como su más claro timbre, acrisolan y ennoblecen por dentro y por fuera en el fondo y en la forma estas hermosas composiciones, verdaderos soliloquios del autor, como las llama discretamente el Sr. Valera.

Yo no quiero alabarlas tanto como lo creo de justicia, porque después de lo dicho al empezar estas líneas, pudiera parecer adulación á un muerto ilustre; y aun cuando, si tal fuesen mis elogios, hallaran de cierto disculpa en la misma rareza del caso, no quiero caer en defecto semejante de mí aborrecido. Pero no puedo menos de complacerme en los elogios hechos de las poesías del Duque de Almenara por otras personas de superior autoridad, porque, nacido en cuna humilde, me enamoran las virtudes y la nobleza heredadas que en estos tiempos difíciles y de general decaimiento se conservan incólumes. Y pienso ahora que el Duque de Almenara no desmereció ni por sus talentos, ni por sus obras, ni por su saber, ni por sus ejercicios, de lo que la historia de su casa le enseñó. No tenía afición alguna á las costumbres que son usuales en la juventud dorada, pero en cambio, en la Universidad, en los Ateneos y Academias, en el seno de la familia, ganó lauros y palmas, que para cuantos le conocimos harán envidiable y eterna su memoria. ¿Qué mayor alabanza puede hacerse de él que decir esto?

La piedad fraternal, otra virtud que también se va, nos ofrece este tomo de poesías, y lo hace enriqueciéndolo con las galas tipográficas que el buen gusto y la pericia del impresor Tello pueden emplear. Un retrato grabado por el habilísimo Maura; un prólogo de D. Juan Valera, y, á modo de apéndices, algunos escritos laudatorios que la dulce amistad de preclaros escritores dedicó á la memoria del Duque cuando ocurrió su fallecimiento, sirven como de estuche de oro donde se contienen sus poesías.

Bien haya el noble marqués de Vilel, que al imprimir estas poesías enaltece la memoria de su hermano, y aumenta el riquísimo tesoro de la poesía española!

JUAN CATALINA GARCÍA.

## TRADICIONES DE TIERRA SANTA

### XVII

PROCESIÓN QUE SE CELEBRA TODAS LAS TARDES EN LA BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO, LUGARES SANTOS QUE SE VISITAN Y HECHOS QUE SE CONMEMORAN.



La descripción general y á grandes rasgos que de la Basílica de la Resurrección queda escrita no basta para conocer sus principales santuarios, y menos para meditar como es debido los conmovedores pasos de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, nuestro bien, que aquellas capillas recuerdan y celebran con su elocuencia muda. Nada más adecuado al efecto que unirse en espíritu á la procesión que todas las tardes, después de Completas, hacen los PP. Franciscanos, con los peregrinos y fieles que se les incorporan, cantando, orando y recorriendo de uno en uno las principales capillas y lugares santos que contiene la iglesia del Santísimo y Gloriosísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

La procesión comienza en la vulgarmente llamada capilla latina ó iglesia de los Franciscanos, que se encuentra á la derecha del Santo Edículo, mirándolo de frente, y se compone de la capilla exterior completamente abierta y con un solo altar dedicado á Santa María Magdalena y de una iglesia interior, pequeña, pero regular, bonita y bien decorada, construida sobre el lugar mismo en donde Jesucristo resucitado se apareció, según tradición constante, á su Santísima Madre. La columna de la flagelación, uno de cuyos trozos allí se venera en el altar de la derecha, fué trasladada por los primeros cristianos desde el lugar donde azotaron á Jesús á la iglesia del Cenáculo<sup>1</sup>. Allí la adoró Santa Paula y la vieron muchos de los que han escrito acerca de Jerusalén, entre otros Arcolfo en el siglo VII, y allí permaneció hasta que en el siglo XIII los canónigos de San Agustín, arrojados del Cenáculo, la entregaron á los Franciscanos. En 1551 la hicieron pedazos los musulmanes, y el P. Bonifacio de Ragusa, á la sazón Custodio general de Tierra Santa, envió un fragmento al Papa Paulo IV, otro á nuestro rey Felipe II; otro, que se conserva aún en la Basílica de San Marcos, á la república de Venecia, y se quedó el mayor, el cual fué trasladado á la Basílica del Santo Sepulcro y colocado, detrás de rejas de hierro, en la capilla de la Aparición, para su mayor seguridad é impedir que fuese profanado.

En la sacristía que, como sabemos, está detrás de esta iglesia se entrega á cada devoto una vela sellada y un ritual y comienza la procesión, arrodillándose todos ante el sagrario del altar mayor y entonando la antifona *O sacrum convivium*, etc., seguida de la oración *Deus, qui nobis*, etc. Cantando el himno *Trophæa Crucis mystica*, se traslada después al altar de la derecha, que, como he dicho, contiene la columna de la flagelación y en donde puede ganarse indulgencia plenaria. Se aterra el espíritu y estremécense las carnes del peregrino al considerar, entre cánticos y lágrimas, que atado precisamente á aquella columna que contemplan sus ojos, sufrió nuestro Redentor Jesús la pena ignominiosa y terrible de los azotes. *Apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit, ac tradidit eis ut crucifigeretur*<sup>2</sup>. Rezada la anterior antifona con su correspondiente oración, todo según el ritual nombrado, se besa el suelo, con la devoción que pueden suponer las personas piadosas, y termina la estación, como todas, con un *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri*.

Cantando el himno *Jam Crucem propter hominem*, la procesión se dirige á la capilla denominada Cárcel de Cristo, en donde pueden ganarse siete años de indulgencia. Se recorre al efecto de O. á E. la nave N. de la Basílica, vulgarmente llamada de los siete arcos de la Virgen, que mide unos 20 metros y en el extremo E. está la capilla. Según tradición veneranda é inmemorial, en aquella ladera del Gólgota, precisamente en el lugar mismo que hoy ocupa la capilla, hubo una cueva que sirvió de cárcel á Jesucristo y á los dos ladrones mientras preparaban los instrumentos del suplicio en la cima. Actualmente forma un cuadrado que tendrá unos cinco metros de lado y está dividido en tres departamentos, que marcan el lugar ocupado por cada uno de los presos. Excepción hecha del altar mayor, donde el Señor estuvo, y los cuadros del fondo, nada de particular se advierte en la santa cárcel. Su oscuridad y desnudez impresionan tanto, que llegan directamente al alma aquellos lamentos de la antifona: *Ego te eduxi de captivitate AEgypti, demerso Pharaone in mari Rubro*:

*et tu me tradidisti huic carceri obscuro*<sup>3</sup>. ¡Verdaderamente, Señor, continuamente correspondemos á tus beneficios y bondades con la ingratitud más negra!

Cantando el himno *Ecce nunc Joseph mysticus* y sin detenerse en los santuarios de los griegos cismáticos, denominados el cepo de Cristo y capilla de San Longinos, la procesión hace alto en la capilla de la división de los vestidos de Cristo Nuestro Señor, en donde pueden ganarse siete años de indulgencia. Está situada en el ábside oriental de la Basílica, detrás del coro de los griegos, y construida precisamente sobre el lugar en que los verdugos se repartieron los sagrados vestidos del Redentor.

Los soldados, después de haber crucificado á Jesús, tomaron sus vestiduras y las hicieron cuatro partes (para cada soldado su parte) y la túnica. Mas la túnica no tenía costura, sino que era toda tejida desde arriba.

Y dijeron unos á otros:

— No la partamos, mas echemos suertes sobre ella, cuya será.

Para que se cumpliese la Escritura que dice: Repartieron mis vestidos entre sí, y echaron suerte sobre mi vestidura. Y los soldados ciertamente hicieron esto<sup>4</sup>.

Por ser así costumbre entre los judíos, se cree que el traje del Señor se componía de tres prendas, á saber: la camisa ó túnica interior sin costura; la túnica exterior más larga y la capa ó manto, que caía desde los hombros hasta el suelo, y que constaba de cuatro pedazos cosidos entre sí<sup>5</sup>. Los soldados no tuvieron que hacer más que descoserlos para repartírselos; de donde se infiere que fueron cuatro los que crucificaron á Cristo. La túnica es figura de la Iglesia indivisible y una en fe y en caridad. La santa túnica inconsútil se venera en la Catedral de Tréveris, á cuya iglesia la regaló la emperatriz Santa Elena, en memoria de su estancia en dicha ciudad. La tradición que lo recuerda se remonta al siglo IV y los documentos en que se consigna al XII. Otra túnica, sin duda la exterior, se conserva como inestimable reliquia en Argenteuil, cerca de París. Actualmente dicha capilla, en forma de ábside, nada ofrece de notable; pero el cumplimiento de la profecía y el hecho que conmemora hacen que no puedan oírse sin enternecerse aquella frase de la antifona *fecerunt hic quatuor partes*, tomada del pasaje evangélico citado.

Cantando el himno *Crux fidelis inter omnes* sale la procesión del ábside y á mano izquierda descendiendo por una escalera de 26 peldaños á la iglesia abisinia de Santa Elena, la cruz sin detenerse y por el lado de la epístola toma otra escalera de 13 gradas, que conduce á la capilla franciscana de la Invención de la Santa Cruz. Ambas capillas están en la parte más oriental y profunda de la Basílica y como del todo independientes, formando edificio aparte. Para comprender esta situación conviene advertir que los judíos, terminada la pasión y enterramiento de Jesucristo y de los dos ladrones, recogieron todos los instrumentos que acababan de servir para cometer aquellas tres crucifixiones y los arrojaron en antigua cisterna abandonada, distante unos 25 metros del lugar de los suplicios, y la rellenaron después con escombros é inmundicias. De esta manera evitaban que algún despreocupado ó imprudente, tocando los infames instrumentos, quedase impuro, según la ley, durante ocho días lo menos.

Cuando Santa Elena llegó á Jerusalén con el propósito de construir la iglesia del Calvario y de buscar la Cruz de nuestro Redentor, consultando á los ancianos de la ciudad y sobre todo al Obispo San Macario, pudo venir aproximadamente en conocimiento del lugar en que se encontraría la Santa Cruz y mandó hacer excavaciones en la cisterna dicha. Después de muchos trabajos y pesquisas inútiles, se dió al fin con los instrumentos de la pasión, incluso la verdadera Cruz, de la cual hablaré más extensamente en el lugar oportuno. Sobre el lugar de la cisterna la piadosa Emperatriz hizo construir una iglesia, á la que servía de techo el atrio de la Basílica de Constantino, llamada de la Resurrección. Cuando los persas destruyeron ésta, naturalmente vino abajo la bóveda de aquella. Reparada por el Abad Modesto, quedó completamente separada de la iglesia del Santo Sepulcro; pero los Cruzados reconstruyeron la cúpula, decoraron las capillas y tallaron en la roca viva la escalera de 26 peldaños citada, que la pone en comunicación con la Basílica.

La iglesia de Santa Elena pertenece á los abisinos, los cuales la ceden á los armenios por una miserable menestra y unos cuantos panes, que diariamente entregan éstos para el sustento de aquéllos.

<sup>1</sup> Yo te saqué del cautiverio de Egipto, ahogando á Faraón en el mar Rojo, y tú me encerraste en esta cárcel oscura.

<sup>2</sup> S. Juan, cap. XIX, vers. 23 y 24.

<sup>3</sup> *Deuter.* XXXI, 12.

<sup>4</sup> San Jerónimo, LXXXVI, carta á Santa Eustaquia.

<sup>5</sup> S. Juan, cap. XIX, vers. 16.



Es de puro estilo bizantino, aunque se advierten en ella restos y rasgos de otros estilos arquitectónicos, como las cuatro columnas que sostienen la bóveda, procedentes quizás del antiguo atrio de la Basílica, que difieren unas de otras por su materia, figura y chapiteles. Forma un rectángulo, que tiene de largo, incluyendo los ábsides, unos 14 metros por 10 de ancho. Las cuatro columnas dichas la dividen en tres naves y sostienen la elegante cúpula, que da al patio del monasterio de los abisinios y permite la entrada a la luz por seis ventanas. En el muro oriental vense dos capillas, con sus correspondientes altares, dedicada la de la izquierda al Buen Ladrón y a Santa Elena la de la derecha. Todo el adorno de esta pobre iglesia se reduce a varias lámparas y huevos de avestruz pendientes de la cúpula.

A pocos pasos y en el lado de la epístola del altar de Santa Elena, hay una ventana que cae a la escalera por donde se desciende a la capilla de la Invenición de la Santa Cruz; y en el muro un banco de mármol blanco, con bajos relieves greco-romanos. Desde aquella ventana, según tradición piadosa, presidía las excavaciones la Madre de Constantino y oraba por el éxito venturoso de su empresa.

La capilla de la Invenición de la Santa Cruz, en donde, según tradición antiquísima y veneranda, se encontró el sagrado madero, ocupa un espacio irregular de unos 5 metros de largo por 4 de ancho, está unos 3 metros más honda que la iglesia de Santa Elena y se abre en el ángulo SE. del santuario abisinio. Claros indicios se advierten aún de que ha sido cisterna, pues sus paredes y techo están tallados en la roca viva; en éste se conservan tres agujeros, hoy tapiados, que marcan las antiguas entradas del subterráneo; la humedad aun mancha las paredes y, durante la estación de las lluvias, gotea hasta formar verdaderos charcos sobre el pavimento. Los griegos cismáticos pretenden que por los tres agujeros de la bóveda se sacaron las tres cruces; «y la piadosa imaginación de los fieles transformó el sudor de las piedras en lágrimas de alegría, que brotaron de la roca a la vista de la verdadera Cruz, como dice la Condesa de Roberst en su hermoso *Viaje a Tierra Santa*». La capilla es oscura, baja de techo, sobre todo en el ángulo SE. donde apenas se puede estar de pie, húmeda y no tiene más que un altar, sobre cuya mesa, que es de piedra, todos los días celebran el Santo Sacrificio de la Misa los PP. Franciscanos, cuyo es recinto tan angosto, que viven en el convento de la Basílica. En el retablo se admira colosal imagen en bronce de Santa Elena abrazada con la Cruz; y en el fondo del nicho se ven dos medallones, con las armas del inmortal Pío IX el uno y con las del infortunado Maximiliano, Emperador de Méjico, el otro, el cual en memoria de su peregrinación a la Ciudad Santa hizo construir a sus expensas aquel monumento. Allí puede ganarse indulgencia plenaria; se canta la antifona: *O Crux benedicta, quae sola fuisti digna portare Regem coelorum, et Dominum, alleluia*; y concluye la estación rezando: O Dios, que con la invención de la salutífera Cruz, renovaste aquí los prodigios de tu pasión, etc.

Deshaciendo el camino hecho, y cantando el himno *Fortem virili pectore*, sube la procesión a la capilla de Santa Elena, en donde puede ganarse otra indulgencia plenaria; se canta la antifona: *Helena Constantini Mater Ierosolimam venit, ut Crucem Domini inveniret, alleluia*, y se reza: «Aquí, llena de alegría, encontró el deseado madero de la Santa Cruz.»

Cantando el himno *Coetus piorum exeat*, se sube de nuevo al ábside de la Basílica y dando la vuelta se llega a la capilla de la columna de la coronación y de los improperios, en donde pueden ganarse siete años de indulgencia. Tiene la forma de ábside y en ella únicamente llama la atención la sagrada columna, que es de granito gris oscuro, mide 673 milímetros de circunferencia por 50 centímetros de altura, y se venera en el centro del altar, detrás de una verja de hierro que la protege, pero al través de cuyos barrotes puede tocarse. Se llama columna de los improperios ó de las injurias, porque, según la tradición, sobre ella los soldados de Pilatos hicieron sentar a Jesucristo para hacer befa y escarnio del Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Y desnudándole, le vistieron un manto de grana.

Y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza y una caña en su mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, le escarnecían diciendo:

— Dios te salve, rey de los judíos.

Y escupiéndole, tomaron una caña y le herían en la cabeza.

Y después que lo escarnecieron, le desnudaron del manto, y le vistieron sus ropas y lo llevaron a crucificar<sup>1</sup>.

Meditando este pasaje ante aquella columna, según autores antiguos trasladada desde el palacio de Pilatos a esta capilla de los griegos cismáticos, la palidez de la confusión y el rubor de la vergüenza se mezclan en nuestras mejillas, mientras la pena más honda oprime nuestro corazón. Todo lo sufre por nosotros aquel mansísimo é inmaculado Cordero, la burla, la afrenta, la injuria, el escarnio, los más soeces insultos, la profanación más vil; y nosotros ¡miserables y cobardes! le confesamos a medias, ó le negamos del todo, con palabras y con obras, temerosos únicamente de las burlas chocarreras de la impiedad. *Ego dedi tibi sceptrum regale et tu capiti meo imposuisti spineam coronam.*

Cantada esta antifona, con su correspondiente oración, se entona el himno *Vexilla Regis prodeunt*, y la procesión, dando la vuelta al coro de los griegos cismáticos, recorre unos 15 metros de aquella oscura galería y toma, a mano izquierda, la escalera de 18 peldaños que conduce a la iglesia del Calvario, pasa sin detenerse por delante de la capilla griego-cismática y va a caer de rodillas sobre el mosaico, que enfrente del altar franciscano de la Crucifixión marca el lugar mismo donde el Salvador del mundo fué enclavado en el árbol santo de la Cruz. Ya en el Calvario, hay que prescindir de descripciones de lugares, de datos históricos y hasta de los mismos textos evangélicos, pues nos veríamos precisados a repetir parte de lo ya descrito y a copiar, versículo por versículo, la pasión del Señor, según los cuatro evangelistas, relatos que toda persona piadosa conserva fielmente, mejor en el corazón que en la memoria. En aquel sagrado lugar puede ganarse indulgencia plenaria; ideas é imágenes sin cuento acuden en tropel a la mente; las voces se anudan en la garganta; los rezos espiran en los labios; lágrimas en abundancia afluyen a los ojos, roban la luz de las pupilas y corren hilo a hilo, humedeciendo la faz y goteando sobre el pavimento; los corazones desfallecen de angustia: tiemblan los muslos sobre las rótulas y humillando hasta el polvo la frente, los besos y lágrimas del peregrino se mezclan sobre aquella tierra bendita, regada en otro tiempo con sangre de nuestro Redentor Jesús; los golpes secos del martillo deicida, que desgarran tejidos y magulla huesos, estremecen el tímpano; los ojos del alma no saben hacia qué lado volverse, ni sobre qué objeto posarse, para no tropezar con aquella escena de horrores: allí están María Santísima; María Cleofás y María Magdalena con el Discípulo amado, pero su aspecto desgarrado el alma; allí está también aquel Cordero mansísimo, que se deja despojar de sus sagradas vestiduras, tender sobre el duro lecho de la Cruz, clavar de pies y manos; desgarrando sus carnes y descoyuntando sus huesos, sin proferir una queja, sin evocar su poder sin límites, sin exhalar un suspiro; y allí se canta aquella antifona, que resuena en nuestro oído con acento quejumbroso del Salmista: «Aquí taladraron mis pies y manos y contaron todos mis huesos». <sup>2</sup>

Cantando el himno *Lustris sex qui jam peractis*, pasa desde allí la procesión a la capilla de los griegos cismáticos, ya descrita, en donde se conservan la pena y orificio en los cuales fué implantado el árbol santo de la Cruz, y donde espiró el Redentor del linaje humano. Allí puede ganarse también indulgencia plenaria, se besa el suelo, y con palabras de San Lucas<sup>3</sup> se medita en la escena conmovedora, que refiere esta antifona: «Y era ya casi la hora de sexta, y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora de nona, y se oscureció el sol, y el velo del templo se rasgó por medio, y Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto espiró aquí.» Si cuando en Semana Santa oímos cantar la pasión del Señor en las iglesias, al pronunciar la palabra *expiravit*, los fieles todos doblan la rodilla, meditan unos segundos y se conmueven, ¿qué sucederá en el mismo Calvario al añadir aquel adverbio elocuentísimo *hic expiravit*? Preciso es haberlo sentido para comprenderlo.

La procesión baja de la iglesia del Calvario por la misma escalera que utilizó para subir y cantando el himno *Pange, lingua, gloriosi*, se dirige a la piedra de la unción, santuario que tiene concedida también indulgencia plenaria. Los discípulos *ocultos* por miedo a los judíos, José y Nicodemo se aparecen a la imaginación del peregrino, ungiendo con aromas

sobre aquella lápida el adorable cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor y envolviéndole después en lienzos para trasladarle al sepulcro, según costumbre antigua de los judíos. ¡Oh, Señor! Tú que permitiste que fuese ungido aquí tu cuerpo sacratísimo para que las generaciones venideras te adorasen como verdadero Dios, Rey y Sacerdote, unge nuestros corazones con los aromas de tu gracia y presérvanos de pecado.

Entra la procesión en la rotunda cantando *Aurora lucis rutilat* y ante el gloriosísimo sepulcro de Jesucristo, nuestro bien, intenta ganar nueva indulgencia plenaria. ¿Quién, arrodillado ó dando procesionalmente vueltas en torno del Santo Edículo, no recuerda aquel pasaje de San Marcos?

«Y como pasó el sábado, María Magdalena y María madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús.

«Y muy de mañana, el primero de los sábados, vienen al sepulcro, salido ya el sol.

«Y decían entre sí:

— ¿Quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro?

«Mas reparando, vieron revuelta la losa porque era muy grande.

«Y entrando en el sepulcro, vieron un mancebo sentado al lado derecho, cubierto de una ropa blanca y se pasmaron.

«Él les dice:

— «No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el que fué crucificado: ha resucitado, no está aquí; ved aquí el lugar en donde le pusieron.»

Y el peregrino se imagina la doble nueva, que generosamente cedió José al Señor para su enterramiento, la piedra circular semejante a ruejo de molino, que impedía la entrada, a las tres Marías conversando con el ángel, todo él vestido de blanco, y a Cristo resucitado, triunfando de la muerte y haciendo aquel sepulcro glorioso para siempre; y así como en el Calvario se compunge y llora, delante del sepulcro se regocija y exclama:

— ¡Alleluia, alleluia, quia resurrexit!

La procesión se dirige desde allí a la iglesia de los Franciscanos, cantando el himno *Christus triumphum gloriae* y hace alto en la capilla exterior, dedicada a Santa María Magdalena, porque en aquel mismo lugar se le apareció Jesús resucitado en traje de jardinero.

Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Y estando así llorando, se abajó y miró hacia el sepulcro.

Y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados el uno a la cabecera y el otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.

Y le dijeron:

— Mujer, ¿por qué lloras?

Díceles:

— Porque se han llevado de aquí a mi Señor y no sé dónde le han puesto.

Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás y vió a Jesús, que estaba en pie; mas no sabía que era Jesús.

Jesús le dice:

— Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo:

— Señor, si tú lo has llevado de aquí, dime en dónde lo has puesto y yo lo llevaré.

Jesús le dice:

— María.

Vuelta ella, le dice:

— Rabboni (que quiere decir Maestro).

Jesús le dice:

— No me toques, porque aun no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.<sup>2</sup>

Cantando el himno, antifona y oración que recuerdan tan patético encuentro pueden ganarse siete años de indulgencia.

Por último, se entona el himno *Jesum Christum crucifixum* y vuelve la procesión al punto de partida, ó sea a la capilla franciscana de Santa María de la Aparición, llamada así porque, según tradición antiquísima y veneranda, aunque nada dicen sobre el particular los Evangelistas, allí se apareció Jesucristo antes que a nadie, después de haber resucitado, a su Madre amantísima. Allí se cantan las letanías de la Virgen, la antifona *Gaude, Virgo mater Christi*, y el himno *O gloriosa Virginum*, y se concluye orando porque, a imitación de su Santo fundador, los Franciscanos desprecian las cosas terrenas, por el Papa, por el Rey y por las necesidades de Tierra Santa. Si la procesión se ha celebrado a puerta cerrada, se invoca al Espíritu Santo y a los ángeles, y se ruega por el Sumo Pontífice, por los Reyes, por la unión entre los Príncipes cristianos, por la recuperación

<sup>1</sup> San Mateo, cap. XXVII, vers. 28-31.

<sup>2</sup> Salmos XXI, vers. 17.

<sup>3</sup> Cap. XIII, vers. 44-46.

<sup>1</sup> San Marcos, cap. XVI, vers. 1-6.

<sup>2</sup> San Juan, cap. XX, vers. 11-17.

<sup>1</sup> Santiago, etc. l. II, pág. 329.



de Tierra Santa, por la Familia franciscana, por los navegantes, por los peregrinos y por toda la cristiandad.

Como he dicho, siete indulgencias plenarias y cuatro parciales puede lucrar el peregrino haciendo esta imponente procesión. En todas partes impresionan los himnos y cánticos de la Iglesia; pero cuando se piensa y se canta a la vez: *aquí* le azotaron, *aquí* estuvo atado y preso, *aquí* hicieron cuatro partes de sus vestiduras y sortearon su túnica inconsútil, *aquí* se halló la Santa Cruz, *aquí* le coronaron de espinas é hicieron de él belfa y escarnio, *aquí* le clavaron en la Cruz, *aquí* fué enarbolado el leño santo, *aquí* fué ungido su cuerpo sacratísimo, *aquí* quedó sepultado y resucitó triunfante y glorioso, *aquí* se apareció a María Magdalena, y *aquí*, en fin, conversó, después de haber resucitado, con su Madre Santísima, las lágrimas quitan la luz de los ojos y el corazón quiere saltar del pecho en pedazos. Por larga que sea la vida del peregrino, no es posible que tan santas emociones se borren nunca en la memoria del que una vez ha tenido la dicha de hacer esta procesión incomparable. Terminada, los peregrinos apagan y guardan las velas selladas para que los entierren con aquel devoto recuerdo en las manos. A Dios y á mis albaças testamentarios ruego que me concedan esta gracia.

M. POLO Y PEYROLÓN.

## EPIGRAFIA ROMANA

### 1. Una obra de Hübner.

*Exempla scripturae epigraphicae latinae a Caesaris Dictatoris morte ad aetatem Justiniani, consilio et auctoritate Academiae Litterarum Regiae Borussicae, edidit Aemilius Hübner. — Auctarium Corporis Inscriptionum Latinarum. — Berolini, apud Georgium Reimerum, MDCCCLXXXV.*

ESTA obra monumental, que ha remitido en donativo á nuestra Real Academia el Excmo. Sr. Director general de Instrucción pública D. Aureliano Fernández-Guerra, no ha menester de mayor encomio que el nombre de su autor el Dr. D. Emilio Hübner, nuestro socio honorario.

La Real Academia Literaria de Prusia, que con tantas veras y perfección ha logrado compaginar la epigrafía de todo el orbe romano, poniendo á contribución lo impreso y lo inédito que nos legaron las pasadas centurias y lo que ha producido la nuestra, no ha desechado, antes ha solicitado con diligencia y acogido con gratitud las indicaciones de todos los amigos de la verdad en tan ardua como dilatada carrera; y para llevarla á cabo debidamente consagra ahora un tomo entero á la Paleografía, objeto esencial é imprescindible de su empresa ilustre.

Al ofrecer la serie de los monumentos epigráficos del mundo latino, al distribuirlos y armonizarlos con método natural, señalado por la Geografía de una parte, y de otra por la Cronología, la Real Academia, creadora y organizadora del *Corpus inscriptionum latinarum*, se encontraba con la dificultad primaria de la científica representación, exhibida por la presencia del objeto en el calco ó la fotografía, ó cuando menos por un dibujo esmerado y exento de prevenciones. Para el caso propuesto, si debían evitarse á los lectores como á los editores gastos enormes y superfluos, no quedaba otro arbitrio sino atenerse á la delineación sencilla de las letras, por ser la que basta para juzgar con rectitud y la que menos se arriesga á viciar el carácter ó tipo paleográfico.

El método de litografiar ó presentar en láminas los ejemplares epigráficos había sido adoptado con buen éxito para los monumentos anteriores á la época de Julio César, según es de ver en la obra de Ritschel; pero la Real Academia, bajo cuyos auspicios se llevó á cabo esta edición, no podía menos de abandonar ese método desde el momento que se penetraba en la selva inmensa de inscripciones que se tienden sobre las varias etapas y discurren por los períodos complicados y múltiples que separan la edad del Imperio, que alboreó con la dictadura de Julio César, de la de su apogeo en el Oriente y restauración en el Occidente bajo el cetro de Justiniano.

Nadie mejor que el Dr. Hübner, con su actividad infatigable, su genio colosal y su amistad y correspondencia con todos los sabios de ambos mundos, podía llevar, como en efecto ha llevado, á cabo y feliz remate el trabajo de juzgar, comparar, escoger, clasificar y exponer metódicamente la colección de los tipos ejemplares por donde en el espacio de más de seis siglos la epigrafía latina del orbe romano se da á conocer, acarreado incalculables

ventajas á la sinceridad de la Historia y al progreso de la Literatura.

El volumen va precedido de un tratado extenso, ó *prolegómenos*, en que el Dr. Hübner, asumiendo sobre sí la responsabilidad de todo cuanto se afirma en el Cuerpo, excepción hecha de las noticias materiales, cuya fuente lealmente indica, trata de sintetizar, no ya el arte, sino la ciencia epigráfica, con claridad de exposición y distinción ordenada.

Divide los *prolegómenos* en doce capítulos, consagrándolos el primero á la reseña de los autores que se han ejercitado en la crítica del objeto sobre que versa toda la obra, y el segundo á dar razón de esta misma obra, é indicar su uso y sus ventajas. En los capítulos siguientes trata del arte de escribir, concretado á los monumentos que el volumen ha de exponer, y enumera sus géneros, especies é individualidades, descendiendo á los últimos ápices de incisión, forma, color, material activo y pasivo de la escritura, formularios, firmas del grabador, nombres de los que á su costa ó bajo su rúbrica ó sello aseguraban, ya la autenticidad, ya la propiedad del monumento, etc., etc. La escritura *monumental* propiamente dicha, la *actuarial* ó notarial, la *cursiva* y otras varias, su norma y sus defectos, su complexión y á veces simultaneidad, y finalmente la forma de cada una de las letras, por donde es fácil deducir la edad del monumento, así como en los códices la paleografía infiere sin necesidad de expresa mención el tiempo del pergamino ó del papel que tiene á la vista; todo ello y mucho más encontrará en estos *Prolegómenos* quien quisiere, nuevo Colón de la ciencia, navegar con rumbo certero, y no encallar ni estrellarse en los bajíos y rocas, de que está erizado el piélago de la Arqueología latina.

En el cuerpo del volumen van clasificados los monumentos por los sucesivos períodos ó edades que se extienden desde la muerte de César hasta Vespasiano; y consecutivamente á las de Sulpicio Severo, Constantino y Justiniano. Dentro de cada uno de estos períodos, subdivididos á su vez, si el caso lo requiere, corren los monumentos epigráficos ó se presentan formando coro armonioso de gradación á partir del centro de todos ellos, que es Roma. De Roma, en efecto, tomaban las provincias la *moda epigráfica* ó el modelo de variación, aconteciendo á menudo que lo que era forma elegante ó de nuevo cuño en la Ciudad Eterna, tardaba en insinuarse hacia las extremidades del Imperio; y que lo que en éstas regía, se desdenase por anticuado en la cabeza de todas ellas. Procede, pues, la clasificación, dentro de los estadios cronológicos sobre dichos, por Italia después de Roma, por las Galias y la Germania, el Nórico y la Pannonia, Islas Británicas, España y Africa. Esta disposición invita á coleccionar las regiones limítrofes, como lo era España por una parte del Africa y por otra de la Galia y aun de la Britania, originándose y brotando de aquí un nuevo, claro y vasto raudal de observación que permite apreciar la mutua influencia de las que habían de ser más tarde naciones vecinas y rivales; tendencia y resultados que se dejan adivinar por el carácter típico de sus letras, no menos que por el sonido y estructura de sus idiomas.

Dos palabras acerca de los monumentos españoles que en esta obra figuran. El Dr. Hübner expresa su agradecimiento nombrando á los Sres. D. Aureliano Fernández-Guerra, D. Manuel Oliver, D. Manuel de Góngora y otros muchos epigrafistas contemporáneos, que desde varios puntos de la Península le han facilitado numerosas improntas y excelentes fotografías. El mismo autor dos veces ha recorrido nuestro suelo con el objeto de cerciorarse *de visu* acerca de la forma y dimensiones de los originales, cuya mayor parte afortunadamente guardan nuestros museos. En gran bien de nuestra Historia redundará este método. Aplicándolo, vemos cómo el ara consagrada al dios Bormánico en Galicia se labró imperando Augusto, y comprendemos el interés literario de la de Diana, dedicada en León por Quinto Tulio Máximo, legado augustal de Adriano; ara cuyos versos de metro hermosísimo, atestiguan que la poesía del Lacio no había desmerecido aún del esplendor, gracia y nobleza que le dieran Lucano, Marcial y Silio Itálico. Por este método sabemos también que la construcción del famoso acueducto de Segovia no es posterior al primer siglo de la era cristiana.

Sin embargo, no todas la mies epigráfica de nuestra Península se encuentra cosechada á medida del deseo del Dr. Hübner, el cual se lamenta de no haber podido obtener calcos de las inscripciones de Badalona y de otros parajes de España. Reparo es este que nuestra Academia ha comenzado á satisfacer, ya en sus tomos de *Memorias*, ya en su *Boletín*, publicando láminas zincofotografiadas de los nuevos y más notables monumentos que reaparecen ó se descubren.

### 2. Inscripciones romanas de Iruña (Alava).

El tomo III de nuestro *Boletín*, páginas 382-386, dió noticia de las inscripciones iruñesas, cuya copia me había enviado el Sr. Ochoa de Alayza; y en su consecuencia, el Sr. Gobernador de Alava, Presidente de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de aquella provincia, atento á los deseos significados por esta Real Academia, acaba de remitirle una docta *Memoria*, provista de buenos calcos y escrita por el distinguido Vocal de la Comisión D. Federico Baraibar, nuestro socio correspondiente.

La *Memoria*, dirigida á la Comisión, encierra nuevos y muy valiosos datos arqueológicos, expuestos con sobriedad y lucidez. Dice así:

» Ilmo. Sr.: Los calcos epigráficos que tengo la honra de presentar á la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de esta provincia han sido obtenidos en cumplimiento del encargo que, en unión de D. Juan de Ochoa de Alayza, Párroco de Trespuentes, se dignó conferirme la Real Academia de la Historia. La necesidad de ponerme de acuerdo con el señor citado, la epidemia variolosa primero y la cólera más tarde, me han impedido proceder con la diligencia debida, retrasándome mucho más de lo justo y deseado. Todos ellos son de inscripciones, que existieron en el hoy des poblado de Iruña, y evidencian con otros infinitos auténticos restos la existencia en aquel sitio de una población romana. Los epígrafes originales hallanse actualmente en los puntos, que en mi breve informe iré indicando.

1. Es de una inscripción abierta en una piedra arenisca de 0,46 x 0,50. Parte de sus letras están maltratadas hasta el punto de no dejar casi huellas en el calco. Ayudado del tacto y de los reflejos del agua, con que la bañé repetidas veces, creí leerla casi por completo en la forma siguiente:

ELANVS TV  
RAESA MI  
CIOM... R  
TIF AN XV

La publicó con las tres siguientes, acompañada de muy doctos comentarios, el sabio Académico R. P. Fidel Fita y Colomé en su opúsculo *Lápidas romanas de Iruña y León*, inserto en el *Boletín* de la Real Academia de la Historia (Estudios, t. I, páginas 75-79).

2. De uno, á mi entender, epitafio, en piedra arenisca sumamente estropeada. Tiene tres arcos, en forma de herradura, sobre la leyenda de muy dudosa lectura. Me parece poder leer en ella tras prolijo examen:

.... SINVS  
AVSI...  
OVILI... F  
... IVVV

3. Calco de las dos líneas últimas de un epígrafe fúnebre, en piedra arenisca de 0,49 x 0,60. Es el mejor conservado.

4. La lápida á que este calco corresponde es también una piedra arenisca, como las anteriores, pero de grano más fino y de color más claro. Mide 0,41 x 0,64. Varias de sus letras se hallan rellenas de durísima argamasa de distinto color que el fondo de la piedra; por lo cual aparecen á la vista con más claridad de la que acusa el calco. En una conferencia que sobre antigüedades iruñesas pronuncié en el Ateneo de esta ciudad, me atreví á completar este epígrafe de la manera siguiente:

VEtius sego  
NTIVS sego  
TI FILIVS  
ANN XXXV  
H S HEST

Las cuatro piedras anteriores fueron desenterradas en la parte NO. de la colina ocupada por Iruña, fuera del recinto de la antigua muralla. Estaban dispuestas circularmente con otro fragmento, que debió ser cabeza de una inscripción; el cual sólo conserva esculpidos una serie de arcos de medio punto sin ninguna letra. La posición de las piedras y la argamasa á ellos adherida á trechos inducen á creer que estos restos debieron ser utilizados para depósito del mortero usado quizá en la fabricación del templo románico, cuyas características ruinas han desaparecido por completo. Hoy se hallan en la era del vecino de Trespuentes D. Eusebio Ancha.





CÓRDOBA.

5. La inscripción reproducida por los calcos números 5 y 5 (bis) fué encontrada en Mayo de 1883 al NE. del despoblado de Iruña cerca del solar de la iglesia románica. Está abierta en un trozo de mármol rojo, veteado de blanco, que debía formar el dado de una columna ó ara consagrada al dios Tutela. Di cuenta de este hallazgo en mi *Discurso sobre Antigüedades de Iruña* (Vitoria, 1883), y el R. P. Fita en su citado opúsculo habló después de esta lápida, aunque teniendo á la vista una copia imperfecta. Guardo la piedra en mi estudio.

6. El epígrafe original se descubrió en las excavaciones practicadas por la Comisión provincial de Monumentos de Alava en Octubre de 1866; desapareció en el incendio de las oficinas del Gobierno civil de Vitoria, y ha sido recobrada por nuestro Vicepresidente D. Ladislao de Velasco. Hoy no conserva la D (quizá sigla de *Dis manibus*), que aparece en la copia dada á luz por la citada Comisión en el año de su hallazgo. Está en mármol rojo y blanco.

7. Corresponde á una inscripción descubierta por mí en 19 de Marzo del año próximo pasado. Sirve de trasfuego en la cocina de Doña Pedra Gorostiza, vecina de Trespuentes; y se halla muy estropeada por la acción de la llama, de la que no ha sido posible borrar los vestigios en el calco. En mi citada conferencia en el Ateneo la leí como sigue:

SEVERINVS SEVERI FILIUS ANNORVM XLV HIC SITVS EST.

8. Corresponde á otra inscripción, existente en una esquina del hogar de la misma casa. Las únicas letras, que dificultosamente distinguí, pues se halla por demás maltratada, son:

M RFBAL  
VAIIOR  
NA.....O

9. Calco del epitafio de Licinio Sereno, incluido por Hübner en sus *Inscriptiones Hispaniae Latinae* (número 2.934). Es una piedra arenisca de 0,49 x 0,62 que forma parte del enlosado de una habitación de la casa de D. Benito Zárate en Trespuentes. Hablé de ella en mi citado discurso, pero creyéndola equivocadamente inédita.

10. Calco de la memoria consagrada por Tiquia é Illuna á su marido y yerno respectivamente, Ródano, hijo de Atilio. Dióla á luz Hübner (número 2.936), y la ha ilustrado con luminoso comentario el Rvdo. P. Fita (opúsculo citado). Está abierta en una piedra arenisca de 0,64 x 0,49, que se halla junto al quicio de la puerta de entrada á la casa de D. Valentín Zárate, en Trespuentes, á cinco minutos de Iruña.

Se ignora el paradero de otras lápidas iruñenses citadas en el *Diccionario geográfico histórico de España*, art. *Iruña*, y por Hübner (números 2.930, 2.931, 2.932, 2.933, 2.935 y 2.937).

Estos son los calcos que con diligencia más afanosa que ilustrada he podido obtener en tres expediciones al pueblo de Trespuentes, vecino y heredero de muchas piedras pertenecientes á la antigua población levantada en Iruña. Lo imperfecto de las reproducciones se debe tanto, por lo menos, al pésimo estado de las lápidas y á su actual posición poco accesibles, como á mi poca práctica en estas manipulaciones arqueológicas.

Si la Comisión las acoge benévola, quedará sobradamente satisfecho.

FEDERICO BARAIBAR.

Vitoria, 17 de Noviembre de 1885.

Con los calcos á la vista leo ahora y rectifico:

ELANVS TV  
RAESAMIC  
CIO · AMBA  
TI · F · AN · XX

*Elanus Turaesamicio Ambati f(ilius) an(norum) xx.*

Elano Turesamicio, hijo de Ámbato, de 20 años.

Mide la inscripción 0,30 m. de alto por 0,45 de ancho. Corónanla cinco ojos de un puente ó acueducto; de lo cual tenemos ejemplo (Hübner, 2.746) en otra lápida de Segovia. No hay que olvidar que Iruña está incluida dentro del término de la villa de Trespuentes sobre el río Zadorra.

El apellido *Turaesamicio*, análogo por su estructura á *Uraesamus*, lo es por su terminación á *Elguismio* que sale en preciosa lápida de Villalba (H. 3.061), hoy existente en el Museo arqueológico nacional.

2. Corre la inscripción bajo tres bóvedas con arcos en forma de herradura. De esta forma de arcos durante la época romana dan muestra algunas lápidas segovianas, y singularmente la de ciudad de León, cuyo diseño publiqué en el *Museo español de antigüedades*.

a SINVS  
AVSIVS  
RVILI · F  
an. LXXX

*Asinius Ausivos Rutili f(ilius) an(norum) lxxx.*

Asinio Ausivo, hijo de Rutilio, de 80 años.

3. Nada ofrece que rectificar.





A LAS FIERAS.

4

VEttius sego  
NTIVS segon  
TI · FILIVS  
ANN XXXV  
H · S · HEST

*Vettius Segontius Segonti filius ann(orum) XXXV h(ic) s(itus) hest.*

Vettio Segoncio, hijo de Segoncio, de 35 años, aquí yace.

Es muy notable el último vocablo *hest*, que descubre la pronunciación aspirada, como si la andaluz actual fuese por ese lado heredera de la alavés antigua. Lingüísticamente esta particularidad fonológica divide, como es sabido, en dos grandes ramas el vascuence: la navarro labortana, ó vascónica, propiamente dicha; y la vándula, ó vizcaino-guipuzcoana. Aquí, por ejemplo, piedra se traduce *arri*, allí *harri*; aquí *arts* (oso) es allí *hartz*, de donde se ha originado el nombre y apellido García<sup>1</sup>. En lápidas del otro lado del Pirineo no falta semejante apellido, ni menos el de Lope ó Lobo; éste sin aspiración, aquél con ella<sup>2</sup>: *Harsus* (García), *Osson* (Ochoa).

5. No ha venido calco de esta inscripción, votiva á la diosa *Tutela*.

FIDEL FITA.

Madrid 5 de Febrero de 1886.

## EL 13 DE ENERO

I



N una de las más extraviadas calles de Ginebra, veíase en 1811 una casita de modesta apariencia, siempre cerrada á piedra y lodo, y en la cual vivían un viejo insociable hasta la ferocidad, y una joven,

<sup>1</sup> Luchaire, *Études sur les idiomes Pyrénéens de la région française*, págs. 84 y 85. Paris, 1879.

<sup>2</sup> Luchaire, *op. cit.*, págs. 51 y 87. — Es muy de observar que ni el labortano *otso* ni el navarro *otso* (lobo) admiten la aspiración, demostrando que la aspiración, si bien por regla general caracterizaba, como llevo expuesto, las dos grandes ramas del vascuence, todavía era susceptible de marcadas excepciones, que importa no establecer *a priori*, sino recoger y estudiar en los monumentos.

verdadero prodigio de hermosura. Los vecinos de Bermudo, que así se llamaba el misterioso personaje, hacían mil comentarios sobre la reclusión de la pobre niña, únicamente interrumpida alguna que otra noche, que apoyada en el brazo del anciano, salía á pasear por los sitios menos frecuentados de la población. Quince años y medio eran transcurridos desde que Bermudo fuera á establecerse en aquella ciudad eminentemente comercial, y en todo ese tiempo ni contrajo amistades, ni se le conoció oficio alguno, ni hubo vecina curiosa que pudiera hacerle decir más que su nombre y el de la que él llamaba su hija. La malicia, cuyo dominio es universal, tomó bien pronto por su cuenta al lacónico extranjero. Unos aseguraban á cierra ojos que el viejo era un alquimista, y su fábrica de oro una de las muchas sucursales del infierno. Otros le tenían por un príncipe turco, que por cualquier desafuero habría tenido que escapar, no pudiendo traer consigo, por la premura del viaje, más que una de sus ciento y tantas concubinas. Otros, dependientes subalternos del comercio, le consideraban dedicado al contrabando. Otros le juzgaban hábil y temible conspirador. Y todos convenían en que aquel viejo tan grave y tan ceñudo era un pícaro, verdugo de aquella niña de angelical semblante. Sin embargo, todos le temían; en quince años y medio ninguno de sus vecinos se atrevió á hacer públicas las sospechas que la malicia y la burlada curiosidad le sugirieran.

II

Era el 13 de Enero. Bermudo había salido muy de mañana, dirigiéndose fuera de la población.

Magdalena, que así se llamaba la joven, le esperó en vano todo el día.

— ¿Qué es de mi padre, Dios mío? decía postrada ante una imagen del Crucificado.

No le faltaban motivos para temer que el anciano hubiera puesto término á su existencia.

La pobre niña, á pesar de que la estaba terminantemente prohibido asomarse á la ventana, la abrió, y apoyados sus brazos en la repisa interior, fijó su mirada en la esquina de la calle por donde debía venir el anciano.

Una hora pasó, y luego otra y otra luego.

La lluvia y el viento azotaban el rostro de Magdalena.

¡Dios mío! murmuraba. ¿Mi padre me habrá abandonado?

Mas súbito su semblante se animó; con la punta de su gracioso delantal enjugó sus lágrimas... y después cerró la ventana, no sin dirigir al cielo una mirada de suprema gratitud.

Un hombre había doblado la esquina.

Magdalena le distinguió, merced al rojizo y rápido resplandor de un relámpago, primer mensajero de la horrible tempestad que se preparaba. ¡Era Bermudo!

Llegó el viejo á la puerta de la casa; introdujo la llave en la cerradura, abrió y entró, cerrando luego con la misma llave y dobles cerrojos.

Un instante después padre é hija se hallaban en el mismo aposento.

— ¡Cómo habéis tardado, padre mío! se atrevió por fin á murmurar la tierna niña, á quien daba miedo en aquel momento el rostro, más que nunca sombrío, del anciano.

— ¡Sí! contestó éste.

Magdalena sirvió en silencio la cena.

Bermudo, observando que la joven no se sentaba, y que en sus ojos brillaban dos nuevas lágrimas, exclamó con pronunciado acento italiano y dando un golpe sobre la mesa:

— ¡Por Bacco! ¿Qué tlenes...? ¿Has comido ya?

— No, padre mío, respondió Magdalena con respeto.

Una satánica sonrisa asomó en aquel momento á los labios del italiano.

La joven, temerosa de la ira de su padre, se sentó y se sirvió de la cena.

Esta se terminó sin que se cambiasen otras palabras entre el anciano y Magdalena. En el semblante de ésta se pintaban el temor y la tristeza, al mismo tiempo que la resignación; en el de aquél la duda y la desesperación. Bermudo fué el primero en volver á interrumpir el silencio; después de colocar en una mesilla próxima á la chimenea un jarro de aguardiente, del que varias veces bebió durante la cena, añadió algunos trozos de leña á la que en aquella ardía, y sentándose en un desvencijado sillón, exclamó:



— ¡13 de Enero! ¡Diez y seis años! y ocultó la cabeza entre sus manos.

Magdalena, al oír esta exclamación, no pudo contener un ¡ay! que sin duda sonó en el corazón del anciano, porque alzando la cabeza y fijando en la joven los turbados ojos, de los que se desprendían ya gruesas lágrimas, continuó:

— Sí, Magdalena, hoy hace diez y seis años que huyó de la tierra mi esperanza y mi felicidad.

— Todos los años en este día, me decís lo mismo; pero aun no he podido comprender... añadió la joven, sin atreverse á terminar la frase.

— No he querido que lo comprendas... Por eso, para aturdirme, para olvidar, en este día procuro embriagarme... Esta noche, sin embargo, quiero contarte esa funesta historia, que es también la tuya.

— ¡La mía!

— Sí, la tuya: es una historia terrible...

— ¿Y me la vais á referir...?

— Sí... Hoy he pasado el día en el monte. Allí, sólo con la naturaleza, con mis recuerdos y con mi conciencia, he consultado á Dios... ¡Oh! ¡Dios no podía abandonarme...! El me ha dado fuerzas; él me ha señalado la conducta que debo seguir... ¡Gracias, Dios mío!

Magdalena se sentó enfrente de Bermudo.

— Momentos hay, continuó éste, en que la idea de mi desventura puede en mí más que la idea de la religión, y ahora, hace un instante, al oírte llamarme ¡padre mío! hubiese sepultado este puñal en tu pecho, cumpliendo así mi venganza...

Magdalena retrocedió aterrorizada.

— ¡No! ¡no temas! ¡Dios ha tocado mi corazón! siéntate, y escucha... ¡Ah! toma, toma ese puñal... ¡Guárdalo tú...! y si llegara á exaltarme demasiado, si me atreviera á amenazarte, dame de beber... ¡dame mucho de beber! ó máteme, máteme, Magdalena...

La hermosa niña tomó temblando el puñal que Bermudo la ofrecía. Era una preciosa arma, si puede ser hermoso un instrumento homicida.

La tempestad entre tanto tronaba imponente sobre la tranquila población.

— ¡Esta noche es igual á aquella noche! decía el anciano. ¡Entonces Dios se irritaba de la iniquidad de un hombre...! ¡Hoy Dios me recuerda que sólo él es bueno y misericordioso! ¡que sólo él es grande...! ¡que sólo en él reside la justicia!

Magdalena seguía temblando de pavor.

— Hace diez y seis años, empezó el viejo, vivía yo en Venecia, dedicado á la noble profesión de gondolero. ¡Era tan feliz como ahora soy desgraciado! No vivía solo; un ángel era mi esperanza, mi vida... mi hija en fin...

Magdalena se estremeció.

— Había amado sobre todas las cosas de este mundo á su madre, que murió dándola á ella la vida. Como tú se llamaba la hija de mi corazón, Magdalena...

— ¡Hermana mía! exclamó la joven...

— ¡Hermana tuya! ¡No! ¡no era tu hermana! interrumpió rápidamente el viejo.

— ¡Cielos! ¿qué decís...? ¿Luego vos no sois mi padre...? y los sollozos no la dejaron continuar.

— ¡No! no soy tu padre. Si lo fuera, no sería mi existencia un continuo y horrible martirio. ¡Si fuera tu padre, no hubiera ocupado mi mente la idea de asesinarte...!

— ¡Que horror!

— ¡Cuánto he sufrido, Magdalena! ¡Cuántas veces, viéndote tan hermosa, tan buena como ella, he querido decírtelo todo, he intentado que me perdones y me admitas por padre amoroso...! Pero entonces, la sombra de mi hija, de la hija de mi amor, se levantaba en mi memoria, y la venganza ponía el puñal en mis manos. ¡Gracias, Dios mío! Conozco que si hubiera llegado á asesinarte, Magdalena, el crimen hubiera aniquilado mi razón.

Había tan profunda tristeza, tan verdadera emoción en las palabras del anciano, que Magdalena acercó su silla y extendió sus brazos hacia él... pero un momento antes le había oído decir: — ¡No! ¡no soy tu padre...! y la pobre huérfana no se atrevió á abrazarle.

Bermudo la comprendió.

— ¡Escucha! le dijo: mi hija manejaba el remo con igual destreza que yo... En pie sobre la góndola, que cortaba ligera las aguas del canal, parecía la reina del Adriático sobre su trono... Era la envidia de todas las venecianas... ¡Qué orgulloso estaba yo con mi hija...! ¡Sólo yo era dueño de su amor...! ¡oh! ¡tú no has sido madre, Magdalena...!

— ¡Ni he tenido padre, señor! murmuró la bella joven.

Una sombra nubló la frente del italiano... Magdalena se apresuró á añadir, no sin cierto temor:

— ¡Ah! ¡perdonadme! ¡Vos lo habéis sido para mí!

— Oye tu historia: en Venecia vivía un hombre

á quien la hermosura de mi hija inspiró una profunda pasión... Era un noble... y sus vicios llegaron á hacerle tan despreciable como un bandido... Quiso comprar mis servicios para sus crímenes, y yo se los negué... — Pronto sentirás mi venganza, me dijo una tarde... y el miserable se vengó... Diez y seis años se cumplen hoy... y lloro como el primer día... ¡Pobre Magdalena...!

Hubo un instante de solemne silencio.

El anciano lloraba como un niño.

Magdalena, puestos los ojos en la imagen del Redentor, oraba fervorosamente.

### III

La tempestad continuaba tronando más espantosa cada vez.

— A los dos días, prosiguió Bermudo, el 13 de Enero... fui llamado á una casa de la ciudad. Era un lazo que me tendían, Magdalena... cuatro hombres con máscaras me sujetaron y después de atarme las piernas y los brazos, salieron dejándome en una habitación húmeda y completamente oscura... Quise gritar... pero ¡ay! ¡me habían puesto una mordaza!

— ¡Miserables! exclamó Magdalena. ¿Y vuestra hija...?

— Mi hija, mi pobre hija salió, como todas las tardes á pasear en su barquilla... ¡Cuán ajena estaría la inocente del peligro que la amenazaba...! Yo debía, según le dije al separarme de ella media hora antes, ir á buscarla al canal, y á pesar de que el cielo empezaba á cubrirse de negras nubes, y la noche se adelantaba sombría, mi hija permaneció esperándome en su barquilla... La oscuridad no la permitió distinguir que la seguía otra góndola completamente negra y sin fanal... Cuando Magdalena la llegó á ver junto á su barquilla, quiso avanzar... ¡Ya no era tiempo! el viento era contrario, y el temor no la dejaba maniobrar con seguridad...! Un hombre saltó dentro de la barca y asió la mano de mi hija... ¡Era mi enemigo, era el noble enamorado de su hermosura...! El eco de un grito agudo, desgarrador, fué á perderse en el estampido de un horroroso trueno... y al siniestro fulgor de un relámpago, se vió alzarse de la barca una sombra que lanzándose en el espacio, se sepultó en las aguas del Canal...!

— ¡Que horror!

— ¡Era mi hija, que prefirió la muerte á la deshonra!

El pobre viejo llevó á sus labios el jarro que había puesto sobre la mesa.

— ¡No bebáis! se apresuró á decir Magdalena.

— Déjame. ¡Si no, no podría concluir! contestó con voz siniestra Bermudo, dejando otra vez el jarro donde estaba.

— ¡Oye tu historia! volvió á decir y continuó:

— Aun no se habían cerrado las aguas del canal sobre el cuerpo de mi Magdalena, cuando se oyó un pistoletazo, que disparó contra el noble uno de los tres criados que, ignorantes de su perversa intención, le acompañaban en la góndola. ¡Aquel buen hombre no acertó á introducir el plomo en el pecho del malvado!

Yo entre tanto, había podido desembarazarme de los cordeles que me sujetaban, y con mis uñas ensangrentadas arrancar la cerradura de la puerta del aposento en que se me encerró. Cuando salí de aquella casa eran las doce de la noche... El canal estaba sombrío, las calles de la ciudad desiertas... Llegué á mi pobre albergue... ¡mi hija no estaba allí...! En vano la busqué, en vano interrogué á todos mis vecinos... ¡Nadie la había visto! Corrí al palacio de aquel hombre... no me dejaron pasar del vestíbulo; pero yo me decidí á esperar ocasión de burlar la vigilancia de los criados y entrar... Pocos minutos después entre ministros de justicia salía de aquella casa Beppo, el honrado gondolero, á quien se acusaba de haber intentado asesinar á su amo. El infeliz me reconoció al pasar y me gritó: «¡Bermudo, vengame y venga á tu hija! ¡Dios no ha querido que yo la vengue!» Entonces lo comprendí todo... y juré vengarme de una manera terrible. Aquella misma noche, el infame partió para Ferrara, saliendo por una puerta secreta. ¡Oh! si hubiera querido salir por la principal...!

Y otra vez el viejo llevó el jarro á sus labios.

— Cuatro días después, el pobre Beppo, el honrado hijo de uno de mis mejores amigos, el único hombre á quien yo hubiera confiado la felicidad de mi hija, iba á morir ejecutado públicamente, como reo convicto de haber querido asesinar al Marqués D..., á quien servía en clase de gondolero. Dos criados de la casa declararon, como testigos, pero omitiendo la parte que podía perjudicar al Marqués... Dos horas antes de morir el pobre joven me hizo llamar para referirme la escena del canal. ¡Feliz él que fué á reunirse con mi hija en el cielo!

— ¡Infeliz! murmuró Magdalena.

— Los jueces no escucharon mis acusaciones contra el Marqués. Los infames cómplices de aquel noble tan villano aseguraban que Magdalena se había arrojado al agua, cuando la góndola de su señor se hallaba á respetable distancia de la barquilla.

Cuando vi muerto infamemente á Beppo, sed de venganza abrasó mi corazón, y aquella misma noche me dirigí al palacio, sin saber positivamente á qué, pero decidido á todo. Entré como un ladrón, violentando una puerta del edificio, que no era la principal. Subí una estrecha escalerilla que terminaba en otra puerta, la cual me dió paso á un salón que estaba completamente á oscuras... seguí andando, y después de atravesar otros tres ó cuatro salones, distinguí una débil claridad... Era una habitación más reducida que las demás; la puerta estaba entreabierta... Como un asesino entré procurando contener mi respiración... Sobre un precioso lecho dormía en agitado sueño una mujer muy hermosa, pero en cuyo semblante el dolor había impreso su indeleble huella... Cerca de aquel lecho había una cuna y en ella una criatura dormía tranquilamente...

Magdalena escuchaba al anciano con una ansiedad cruel.

— ¡Mi primer pensamiento fué asesinar á aquella mujer...! ¡No me atreví! Era la desgraciada esposa de aquel infame...! Mas súbito otra idea saltó á mi mente... Tomé en mis brazos la inocente criatura, y apresurado salí de aquella maldita mansión.

— ¡Continuad! dijo Magdalena, tomando entre sus delicadas manos las callosas del viejo.

— ¡Espera! ¡espera! murmuró Bermudo con turbado acento.

Y otra vez llevó el jarro á sus labios. La tempestad continuaba.

— ¿No te parece que era justa venganza robarle su hija como él me había robado la mía...?

— ¿Y esa hija?

— Esa hija eres tú, pobre Magdalena.

La pobre niña alzó los ojos al cielo y murmuró una oración... ¡Tal vez imploraba del Supremo Juez el perdón del crimen de su padre!

Y el viejo volvió á beber!

— ¡Cuánto debe haber sufrido tu madre infeliz, lejos de su hija, y al lado de quien, más que su esposo, era su verdugo!

— ¡Madre mía! exclamó Magdalena, fijando la vista en la imagen del Redentor.

— Para que no pudieran descubrirnos vine á Ginebra, donde hasta ahora hemos vivido ignorados de todo el mundo. Una vez al año daba noticia de nuestra existencia á tu padre, enviándole un papel en el que escribía: «¡13 de Enero! por tí murió mi hija! yo tengo la tuya!» Diez y seis años de sufrimientos no han terminado mi abrumada vida, ahora lo conozco, porque te tenía á mi lado, porque tú eres buena y hermosa como Magdalena!

— Y ese nombre...

— Ese nombre te lo puse yo... ¡era el de mi hija! ¡Cuánto has debido sufrir conmigo, añadió el anciano, tendiendo sus brazos á Magdalena, que no le negó los suyos.

Un momento se confundieron las lágrimas del viejo gondolero y la hija del noble marqués; pero un fuerte golpe dado con el aldabón en la puerta de la mezquina casa fué á resonar en aquellos dos corazones... Bermudo rechazó bruscamente á Magdalena... Esta sintió una emoción extraña.

— ¡Lo había olvidado! murmuró el viejo, el será!

— ¿Quién?... preguntó Magdalena con timidez.

— Toma ese candil y esa llave, y ve á abrir, contestó el pobre padre con ronco acento. Y apuró de una vez todo el aguardiente contenido en el jarro.

### IV

Cuando Magdalena hubo salido, el anciano se levantó, pero sus piernas flaqueaban, negándose á sostenerle. La bebida empezaba á hacer su efecto. Otra vez volvió á sentarse, besando antes el crucifijo que había sobre la chimenea.

— ¡Dios mío! dijo, ¡no me abandonéis! ¡no permitáis que cometa un crimen!

Al mismo tiempo se abrió la puerta del aposento, y apareció Magdalena, seguida de dos mujeres, la una como de más de cuarenta años, y más joven la otra, criada sin duda de la primera.

— Pasad y sentaos, señoras, dijo la joven á aquellas mujeres, que estaban vestidas de riguroso luto, y mojadas de pies á cabeza. Y luego, dirigiéndose á Bermudo: Padre, le dijo, estas señoras desean, á lo que parece, hablar con vos.

— ¡No esperaba yo mujeres! murmuró el viejo.

— ¡Lo sé! dijo tristemente la que hemos señalado como de mayor edad, que, dicho sea de paso, no



había cesado desde que entrara de mirar a Magdalena.

— ¿Y que queréis de este viejo, de esta pobre ruina humana...?

— ¡Yo quiero la felicidad, señor! contestó la misma triste voz.

— ¿De mí la felicidad...? ¿Estáis loca, buena mujer, ó venís á insultarme...?

El corazón de Magdalena latía violentamente.

— ¡No! no estoy loca, continuó aquella mujer. Hay pesares que no enloquecen!

— ¡Vive Dios que tenéis razón!... Esa es una triste felicidad á que no pueden aspirar algunos desdichados seres.

— Yo no desespero.

— ¡Yo sí...! ¡La felicidad mía huyó hoy hace diez y seis años!...

— ¡Lo sé!

— ¿Vos...? ¿Vos lo sabéis...? exclamó el viejo, probando á levantarse y volviendo á caer en el sillón.

— ¡Yo! ¡sí...! y si no... decidme, ¿no habéis escrito una carta hace un mes?

— Sí: el 13 de Diciembre.

— ¿Y en esa carta no descubríais vuestro retiro á un hombre, á quien invitábais á que viniera, pasado otro mes y cuatro días, el aniversario de la muerte de otro hombre, á ver un cadáver?

— ¡Es cierto! contestó Bermudo con voz convulsiva.

Magdalena tuvo que apoyarse en un mueble para no caer.

— ¡Pues ese hombre no vendrá!

— ¿No vendrá?

— ¡Porque ha muerto!

— ¡Maldición, exclamo Bermudo... pero su inquieta mirada tropezó con el Crucifijo, y con acento casi dulce murmuró: ¡Dios le haya perdonado!

— ¡Dios le haya perdonado! repitió la enlutada.

Hubo un instante de silencio.

— ¿Y vos quién sois? preguntó el anciano ya más tranquilo.

— ¡Yo soy la viuda de aquel desgraciado...!

— ¡Madre mía, exclamó Magdalena, cayendo en brazos de aquella mujer.

— ¡Hija de mi alma! dijo al mismo tiempo la enlutada.

.....

El Marqués D... había muerto arrepentido de todas sus faltas y encargando á su esposa fuera á pedir á Bermudo en su nombre el perdón que él hubiese querido escuchar de boca de aquel desdichado padre.

Poco después de su muerte se había recibido aquella funesta carta del anciano, que anunciaba era llegado el momento de dar cumplida satisfacción á su venganza, asesinando á la hija del hombre que fué causa única de que él perdiera la suya. La atribulada madre se puso inmediatamente en camino y llegó á Ginebra á las doce de la noche del 13 de Enero de 1811.

Aquel mismo día, Bermudo había consultado á Dios; y Dios, que nunca abandona á los que creen en su omnipotencia, había apartado de su mente la idea de la venganza.

Bermudo murió, teniendo á la cabecera de su lecho á Magdalena y á la viuda del Marqués D... seis años después, el 13 de Enero, aniversario de la muerte de su hija.

CÁRLOS FRONTAURA.

## ANDRES EL PESCADOR

### CAPÍTULO VII

ASTAROT

**E**RA la mañana hermosa, tibio el ambiente, el sol se elevaba espléndido, majestuoso, por tras las empinadas crestas de las montañas de Ephraim, sin que la más ligera nubecilla le robara parte de su vivificante luz, y millares de pajarillos de pintados colores entonaban alegres himnos al Altísimo, comunicando la alegría á los demás seres que pueblan la naturaleza. Andrés participaba también de la general alegría, y desde el fondo de su corazón llegaban hasta sus labios inarticuladas plegarias, que como místicos perfumes, se elevaban hasta los pies del Trono de Dios, autor de todo lo creado.

El santo Apóstol caminaba casi á la ventura; porque desconocedor de aquellos terrenos, seguía

la dirección que se había fijado en su mente de antemano, y que debía conducirlo más directamente á Porfirión, límite de la cordillera del Carmelo.

Habría andado dos horas escasas, cuando hirió sus oídos el eco de una voz que pedía socorro. Detuvo el paso, y fijó su atención con más cuidado.

En efecto; á corta distancia del sitio en que se encontraba, debía haber alguna criatura en inminente peligro, á juzgar por los tristes lamentos que de su pecho se exhalaban.

Al persuadirse Andrés de esto mismo, no se paró á reflexionar un punto siquiera, sino que ardiendo en caridad, y dispuesto á sacrificarse en bien del prójimo, corrió en aquella dirección, y al doblar una pequeña ladera del monte, se presentó á su vista una escena, capaz, por lo terrible, de infundir pavor en el corazón más animoso.

Suspendido de la rama de un árbol, y teniendo un abismo bajo sus pies, se veía á un joven de unos quince á diez y seis años de edad, con el traje destrozado, lívido el semblante, y lanzando desaforados gritos; y al pie mismo del árbol, mirando al joven con ojos que parecían carbones encendidos, dos tigres, macho y hembra, que esperaban el momento de devorarlo, tanto si el joven volvía á tomar tierra por miedo al abismo, cuanto si caía en el abismo por miedo á ser alcanzado por los tigres. De suerte que la situación de aquel infeliz era desesperada.

Andrés abarcó de una mirada aquel cuadro aterrador, y sin parar mientes en el peligro á que se exponía llamando la atención de las fieras, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Tente firme, hijo mío! ¡No desmayes! ¡Llama en tu auxilio al Dios Uno y Trino, y verás al punto desaparecer el peligro!

En efecto; las palabras de Andrés infundieron ánimo en el corazón de aquel adolescente, y con un ligero esfuerzo logró encaramarse sobre la rama, evitando el peligro de una caída; pero sus voces pusieron en guardia á las fieras, que contemplaron al Apóstol, con asombro primero y con rabia después: rabia que se tradujo en furiosos ahullidos y terribles saltos, que demostraban el exceso de su furor.

Andrés no se detuvo un punto, y despreciando el inminente peligro que de tan cerca le amenazaba, corrió al árbol, sin cuidarse de los ahullidos ni de las rápidas evoluciones de las fieras. Estas parecían que, no pudiendo darse cuenta de tanto atrevimiento, prolongaban con deliberado propósito el instante de lanzarse sobre él y despedazarle.

Sin embargo, no fué así; Andrés llegó al pie del árbol, y su sola presencia fué bastante para obligar á los tigres á desalojar aquel sitio, conservándose no obstante á cierta distancia.

— Ya puedes bajar, hijo mío, dijo al joven, tendiéndole una mano.

— ¡Bajar! exclamó el joven con asombro. Parece por el contrario que sois vos quien debiera subir. Menos peligro se corre aquí que en el suelo. Subid, y daremos voces hasta que nos oiga mi padre ó alguno de los suyos.

— ¿Habita tu padre por estos contornos?

— Mi padre habita en todas partes, y no vuela un pájaro en todos estos montes que mi padre no le oiga volar. Pero veo que os estáis muy tranquilo, cuando tan cerca tenéis el peligro. Subid, subid al punto.

— ¿Por qué temes? ¿No ves cómo los tigres no quieren acometerme?

— Pero pueden hacerlo de un momento á otro.

— O pueden no hacerlo nunca, porque las fieras, como los hombres, y como todos los elementos, están sujetos al poder de Dios.

— Antes me habéis dicho que llamará á Dios en mi auxilio. ¿Sois vos acaso Dios?

— No, hijo mío; yo no soy más que una hechura de Dios, como tú y como todo lo que nos rodea. Pero como Dios es omnipotente y está en todas partes y todo lo ve, aun lo más recóndito, ha visto el peligro que corrías y ha querido salvarte.

— Yo creo que habéis sido vos mi salvador, porque vuestra presencia ha reanimado mis desfallecidas fuerzas, dándome valor para colocarme sobre esta rama, cuando de otra suerte ya estaría en el fondo del abismo, y vuestra presencia ha sido bastante para ahuyentar á esos tigres; luego vos debéis ser ese Dios de quien habláis.

— Estás en un error, hijo mío; en un gran error; yo no soy más que un siervo humildísimo de Dios, y quizá el más indigno de todos; pero ya te explicaré esto más despacio, porque tus palabras me demuestran la gran ignorancia en que vives. Me has dicho que esperabas que te oyera tu padre; yo te he preguntado si habitaba en estas cercanías y nada me has contestado. ¿Por qué esperabas que te oyera?

— Ya os he dicho que mi padre sabe todo lo que pasa en el monte.

— ¿Luego sabe que tú te encontrabas en peligro?

— Debe saberlo, porque habrá estado esperándome en la fuente del Trébol, y al no verme llegar, es seguro que me andará buscando.

— Pues baja y vamos á su encuentro.

— ¿Pero no tenéis miedo que nos acometan esas fieras? Ved cómo nos miran.

— Con el auxilio de Dios, no debemos temer nada.

— Al oír hablar con tanta seguridad, ha renacido en mí la confianza; y puesto que queréis que baje, bajaré. Dicho esto, se fué escurriendo de rama en rama, hasta llegar al tronco, y dando un salto desde allí, se colocó al lado de Andrés diciendo: Aquí me tenéis.

— Bien, hijo mío: ahora vamos al encuentro de tu padre; y cogiendo al joven de la mano, se encaminó en la dirección indicada por él mismo. Los dos tigres, sin dar señales de aquel furor que habían mostrado al principio, les iban siguiendo á corta distancia.

— ¿Tú ves cómo los tigres nos respetan?

— Viéndolo estoy y me parece mentira.

— Pues no te parezca mentira: porque el que tiene poder para enfrenar los mares dentro de sus diques de arena; para desencadenar la tempestad y producir la calma; el que ha señalado el curso invariable que deben seguir todos y cada uno de los innumerables astros que pueblan el firmamento, puede también mandar á los tigres que nos respeten, y ser obedecido por esas fieras, mejor aún que le obedecen los hombres.

— No entiendo lo que decís.

— Ya procuraré que lo entiendas, y no me separaré de tu lado hasta conseguirlo. Pero hace ya un buen espacio que somos amigos, y aun no me has dicho cómo te llamas. ¿Qué nombre es el tuyo?

— Misor.

— Misor es nombre sirio, tu familia no debe ser judía.

— No sé; mi padre os explicará todo eso.

— Observo que sólo me hablas de tu padre; ¿y madre? ¿no tienes madre?

— No sé, señor.

— ¿Cómo que no lo sabes? ¿Por ventura se pueden ignorar esas cosas?

— Nada puedo deciros de lo que me preguntáis; pero ved allí á mi padre que viene á nuestro encuentro; él os podrá decir lo que deseáis saber.

En efecto; al doblar un pequeño collado, se presentó á la vista de Andrés y del joven Misor un hombre, que con rápido paso avanzaba hacia el sitio en que ambos se encontraban.

Cuando sólo distaría unos cincuenta pasos, se paró; acababa de descubrir á los dos tigres que caminaban paso á paso tras del Apóstol y de Misor. A su vista dudó un momento sobre lo que debería hacer; pero esta indecisión ni siquiera tuvo la duración de un relámpago. Rápido como el pensamiento, corrió con toda la velocidad que le permitían sus piernas, no su deseo, hacia el árbol más próximo, y sirviéndose del palo de su larga lanza, trepó por él, con una agilidad que demostraba, no sólo su fuerza y vigor, sino lo acostumbrado que debía estar á tales ejercicios.

Cuando se consideró seguro, y hubo empuñado su lanza en actitud de defensa, gritó:

— Corre, Misor. Sepárate de ese hombre y ponte al abrigo de este árbol, mientras yo llamo á los nuestros.

Misor oyó la voz de su padre; pero ni siquiera hizo el menor movimiento para separarse del Apóstol; y ni uno ni otro alteraron el tranquilo paso que llevaban.

— ¿Es ese tu padre, hijo mío?

— Sí, señor.

— Pues no lo parece.

— ¿Por qué?

Andrés no creyó oportuno contestar á esta pregunta del joven; y sin soltarle de la mano, llegaron al pie del hermoso pino, en el cual se hallaba encastillado el padre de Misor. Las fieras se detuvieron á respetuosa distancia.

— Ven á reunirme conmigo, Misor; cógete al extremo de mi lanza antes que las fieras vuelvan de esa especie de estupor en que parece se encuentran.

— No temáis por vuestro hijo, señor; esas fieras son impotentes contra nosotros. Ved qué tranquilas se encuentran, y eso que hace un buen rato que nos siguen.

— No me explico esa tranquilidad; pero estoy seguro que no ha de ser duradera, y de un momento á otro pueden acometerlos. Subid mientras yo llamo á mi gente, para que todos reunidos podamos ahuyentarlos.



— No es necesario que llaméis á nadie, padre mío, porque este señor que me acompaña, y que acaba de salvarme la vida, es bastante por sí solo para ahuyentarlas.

— ¿Que te ha salvado la vida dices?

— Sí, padre mío. Y el joven Misor refirió en breves palabras á su padre la escena que poco antes había tenido lugar.

Cuando Misor hubo terminado su relación, el padre de éste se dirigió á Andrés y le dijo:

— ¿Quién sois vos, que así imponéis á las fieras, conteniendo sus instintos sanguinarios?

— Un pobre peregrino, una miserable criatura por cuya mediación obra Dios tales prodigios, para que viéndolos los hombres, se humillen y adoren su santo nombre.

— ¿Cuál es tu Dios?

— Mi Dios es el Dios único; el Criador de cielos y tierra, el bueno, el grande, el justo, el misericordioso, el omnipotente.

— De todos los dioses se dice lo mismo.

— Pero de todos se dice falsamente, repuso el Apóstol; porque todos esos dioses á quien aludes son seres imaginarios, creados por la fantasía del hombre.

— ¿Y cómo puede saberse, entre tantos, cuál es el verdadero?

— Ocasión te se presenta de averiguarlo.

— ¿Cómo?

— Baja de ese árbol, invoca el nombre de todos esos dioses, y vete al encuentro de los tigres que nos están acechando, á ver si te respetan.

— No me atrevo á hacer la prueba.

— Porque dudas de su poder.

— ¿Y tú serías capaz de hacerlo?

— Mira; repuso el Apóstol, y se fué en derechura al encuentro de las fieras.

Los tigres vieron acercarse á Andrés, y ni siquiera se movieron del sitio que ocupaban.

Se necesitaba estar poseído de toda aquella fe en que rebotaba el alma del santo Apóstol, para realizar aquel acto que en otro cualquiera se hubiera calificado, no sólo de temerario, sino de loco; pero Andrés, que por las palabras del joven Misor había comprendido que tanto él como su padre estaban sumidos en las tinieblas de la incredulidad, quiso demostrar á su presencia el poder de Dios, para que se humillaran y creyeran.

Llegó al lugar que ocupaban los tigres, y colocándose en medio de ambos, puso cada una de sus manos en cada una de las cabezas de las fieras. Estas se pusieron á lamer sus sandalias, con mayor humildad con que pudieran haberlo hecho dos perritos criados á la mano.

Después de acariciarlas, se volvió al pie del árbol, y dijo al padre de Misor:

— Ya lo ves; esas fieras, privadas de razón, obedecen en mí la voluntad de Dios, y olvidan por un momento su feroz instinto, para adorar, de la única manera que pueden hacerlo, al Autor de todo lo creado; y el hombre, espléndidamente privilegiado con ese divino destello; el hombre, que posee un alma inmortal dotada con las tres envidiables potencias que se llaman Memoria, Entendimiento y Voluntad, le desconoce, falta á la obediencia, y lleva su delirio hasta el punto de negar su existencia, y creerse á sí mismo Dios. ¡Cuánta aberración! ¡Cuánta locura! ¡Cuánta maldad!

— ¿Me aseguras que no hay engaño en lo que acabas de hacer?

— ¿Cabe engaño en creer que nos alumbró el sol en este momento? ¿Cabe engaño en que hay mares, y continentes y peces que viven en el agua, y millares de seres á quienes sustenta la tierra? ¿Cabe engaño en la existencia de todo ese conjunto armónico que forman los cielos y la tierra? ¿Cabe engaño en que todo eso reconoce un principio, y ese principio no puede ser otro que Dios mismo, que lo ha sacado todo de la nada en virtud de su propia voluntad y poder? Pues si de nada de todo esto puede caber duda, ¿cómo ha de caberla en cosa tan pequeña, tan insignificante y baladí, como la que acabas de presenciar?

— Tus palabras tienen el acento de la verdad.

— Pero tú no las crees.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque á pesar de lo que has visto que se ha hecho por mí, cumpliendo la voluntad de Dios; y á pesar de reconocer la verdad de mis razonamientos, permaneces encastillado en ese árbol, suponiéndote muy seguro de todo peligro, siendo así, que si vives un minuto más, es por la misericordia de Dios, á quien bastaría formular un deseo, para que tú y cuanto nos rodea y cuanto existe en el mundo, volviera á la nada de donde salió. Y es que estás dotado de todos aquellos atributos que á Dios le plugo darte, porque nada te costaron de adquirir; pero te falta el precioso don de la fe.

Apenas acabó el Apóstol de pronunciar las anteriores palabras, el padre de Misor arrojó lejos de sí la lanza, que como arma defensiva había tenido empuñada hasta entonces, y de un salto bajó del árbol y se colocó al lado del Apóstol.

— Dices que no tengo fe, y voy á probarte lo contrario. Yo he sido un incrédulo hasta este momento; yo me he burlado de los dioses de los gentiles, y del Dios de los judíos, y yo no he reconocido más dios que la fuerza bruta, y hace muchos años que aleccionado por la experiencia de lo que pasa en el mundo, donde sólo la fuerza impera, he declarado la guerra á la sociedad y me he retirado á estas montañas, donde sólo vivo del pillaje. Pero tus palabras han tenido el privilegio de arrancar la venda que cubría mis ojos, y me parece que nuevos horizontes de luz alumbran mi inteligencia; y veo á Dios lleno de poder y majestad, á Dios justo y misericordioso á la par; á Dios dictando leyes al universo mundo, y rindiéndole vasallaje de amor, de adoración, todos los seres que pueblan los cielos y la tierra. ¿Dices que no tengo fe? Mira. Y se encaminó hacia donde se encontraban los tigres, que al verle llegar, se enderezaron lanzando furiosos ahullidos y enseñando sus garras y sus afilados colmillos.

— ¡Tengo fe! iba diciendo el padre de Misor. ¡Tengo fe! y creo que cuanto existe en los cielos y sobre la tierra está subordinado á la voluntad de Dios, por consiguiente nada temo; porque cuanto pueda sucederme, será en cumplimiento de la voluntad de Dios.

Las fieras no esperaron á que el padre de Misor llegara á donde se encontraban, sino que después de dar algunos saltos y lanzar horribles ahullidos, abandonaron aquel sitio á todo correr y se perdieron por entre las sinuosidades y quebraduras del monte.

El padre de Misor contempló por un momento lo que podría llamarse la fuga de las fieras, y cuando las hubo perdido de vista, se hincó de rodillas, y hundió su cara en el polvo.

Poco después se levantó y dijo al Apóstol: sí, yo creo; pero estoy en la ignorancia. Quiero aprender, quiero conocer esa doctrina que tú profesas, para no faltar de hoy en más á ninguno de sus preceptos. ¿Quieres enseñarme?

— Esa es mi misión en este mundo, la de enseñar la verdad.

— ¿Pero tú no sabes yo quién soy?

— Ni deseo saberlo; eres un hermano mío que necesita de mi ministerio; y esto me basta para consagrarme á tí.

— Y tú, ¿quién eres?

— El que puede abrirte las puertas del cielo.

— Ven. Vamos, Misor; y suceda lo que quiera.

Antes que todo es nuestra salvación. Haga Dios que aquellos hombres abran como yo los ojos á la luz; y sin añadir más palabra, emprendió la marcha campo á través.

Andrés y Misor le siguieron á corta distancia. Este no podía disimular el gozo que sentía en su alma y todo se le volvía mirar al Apóstol, y tocar su túnica y dirigirle preguntas casi sin sentido, por solo el placer de oír su voz, cuyo acento le tenía encantado.

— Os diría una cosa, señor, si no lo tomarais á mal.

— Dí lo que quieras, hijo mío; que tú no puedes decir cosa que me moleste.

— Desde el primer momento que os he visto, he descubierto la cesta que lleváis pendiente del brazo, y no he querido deciros nada. Esa cesta es mía. Llevaba ayer con ella la comida á mi padre, y para perseguir mejor á un hermoso pájaro, que parecía como que quería dejarse coger, la dejé sobre una peña, con ánimo de volver por ella apenas realizado mi propósito; pero el pájaro me llevó muy lejos con su tardo vuelo, y no sólo no pude cogerlo, sino que cuando volví para recoger la cesta, ya no la encontré. Buena riña me dió mi padre.

— ¿Con que era tuya la cesta? ¡Y yo que comí de lo que contenía! ¡Cuánto lo siento!

— No lo digo para que toméis pesar, señor; porque si yo hubiera sabido que debía ser para vos la comida que llevaba en ella, en vez de dejarla y correr tras el pájaro, os la hubiera llevado al sitio donde estabais.

— Eso prueba tu generosidad; pero no hubieras hecho bien, porque estando destinada para tu padre, á él y no á otro debías entregarla.

— Es que yo suponía que á mi padre no había de faltarle cena, como en efecto no le faltó, y vos podíais tener hambre.

(Se continuará.)

## EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JOSE MARÍA ROMERO Y LÓPEZ, sevillano. Los Duques de Montpensier adquirieron en 1848 dos copias de Murillo, hechas por él mismo, representando á *San Antonio* y *Santo Tomás de Villanueva*. Obras originales de este pintor citaremos *El tránsito de la Magdalena*, *Nuestra Señora del Carmen*, *San Rafael y Tobias*, *La Samaritana*, *Una Sacra Familia*, *San Antonio y una Dolorosa*.

D. SANTOS ROMO. Muerto en 1823. En el Casino del Príncipe (Escorial) se conservan dos obras suyas: *San José y el Niño Dios* y *La Santísima Trinidad*, copia ésta de Ribera.

D. EDUARDO ROSALES, notable pintor de historia, nació en Madrid en 4 de Noviembre de 1836. Son innumerables las obras de este artista; de las religiosas recordamos únicamente una copia de un fresco existente en el Museo Nacional y que representa *La impresión de las llagas de Santa Catalina*; en la iglesia de la villa de Vergara existe un *San José* debido á su pincel; *El Evangelista San Mateo*, *El Evangelista San Juan*. En 1873 fué nombrado Director de la Academia española de Bellas Artes en Roma, no habiendo llegado á tomar posesión de aquel cargo por su prematuro fallecimiento, que aún llora el Arte, ocurrido en 13 de Septiembre del mismo año.

DOÑA ADRIANA ROSTAN, pintora miniaturista, conocida por *La Griega*. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1858 presentó cuatro trabajos: *Cristo crucificado*; *La Virgen*, *La Magdalena* y otro de asunto profano.

DOÑA GENOVEVA ROTHENFLUE. Presentó en la Exposición sevillana de 1868 las siguientes copias: *San José*, *Santa Teresa*, *el Salvador* y *San Juan*, *La conversión de San Agustín*.

D. ANTONIO ROTONDO Y RABASCO, nació en Madrid en 8 de Noviembre de 1808 y murió en 6 de Mayo de 1879; conocemos de su mano una *Muerte de San Isidro* á la pluma.

DOÑA DOLORES RUBIO DE ZURITA. En la Exposición celebrada en Cádiz el año 1879 presentó los lienzos: *Santa Teresa*, *El Divino Pastor* y *Un Apóstol*, y fué premiada con medalla de plata.

D. RICARDO RUIZ LLULL. En la Exposición pública celebrada en Cádiz en 1856 presentó un *Ecce-Homo*, copia de Murillo.

DOÑA ROSA RUIZ DE LA PRADA, pintora de afición. En la Academia de Nobles Artes de San Fernando se conserva un *Ecce-Homo*, copia de Murillo, ejecutada por esta señora.

D. MANUEL RUIZ Y MORA. En 1861 regaló para la rifa destinada al aumento de los recursos para levantar un monumento á Murillo un *San José* de su mano.

D. MANUEL SABATER, natural de Valencia y discípulo de D. Francisco Aznar. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 presentó *Entrada de una iglesia*. En la de 1871, *Interior de la catedral de Cádiz en el acto de su consagración*, y en la de 1881, *La Virgen*.

D. AGUSTIN SÁEZ, natural de Alicante. Presentó diferentes obras en las Exposiciones celebradas anualmente en la Academia de San Fernando, antes que estos concursos tuvieran el carácter de nacionales. En la actualidad es Director de la Academia de Bellas Artes de Manila, en cuya población ha ejecutado trabajos de importancia para algunos de sus templos.

D. BENITO SÁEZ GARCÍA, natural de Pradillo de Cameros, provincia de Logroño, donde nació en 21 de Marzo de 1808. A la edad de diez años emprendió sus estudios en la Escuela de dibujo, dependiente de la Academia de San Fernando, prosiguiéndolos posteriormente en las clases superiores de dicha Academia y bajo la dirección de D. Juan Gálvez. En 1831 pintó al temple un techo en casa de D. Gaspar Soliveres, representando á *Carlos III ofreciendo á la Virgen su condecoración*.

Al año siguiente se presentó al concurso general de premios abierto por la Real Academia de San Fernando, alcanzando el 2.º de la primera clase. En el mismo año fué pensionado por Fernando VII para proseguir en Roma sus estudios. Allí pintó *La resurrección de la hija de Jairo*, que figuró en 1838 en la Exposición de Madrid.

Durante su estancia en Roma pintó también el *Retrato del General de los Escolapios* para el convento de San Pantaleón, y un *San José de Calasanz*, que conserva la viuda del autor. En 1837 regresó á España y fué nombrado ayudante de la clase de dibujo del colegio de San Antonio Abad; y en 1840 se encargó de dicha enseñanza en unión de su hermano D. Pedro, prosiguiendo en su desempeño hasta su fallecimiento.



En 8 de Julio de 1838 la Academia de San Fernando le creó su individuo de mérito en vista de su lienzo *El entierro de Cristo*, copia de Caravaggio.

Además de las obras de Sáez que hemos citado, merecen serlo aquí: *La Virgen de las Escuelas Pías*, existente en la de San Antonio Abad de Madrid; una reproducción de la misma para la Escuela Pía de Barbastro y otra para el Infante D. Francisco de Paula de Borbón; un *San Jorge* que figuró en la Exposición de 1839; las copias de *La Concepción* de Murillo; *La Divina Pastora*, de Tovar; *El Divino Pastor*, de Murillo; *La Anunciación de la Virgen y Rebeca en la fuente*.

Un padecimiento del pecho le llevó al sepulcro en 27 de Junio de 1847.

D. PEDRO SÁEZ GARCÍA, pintor y restaurador, hermano del mencionado D. Benito. Nació en Pradillo de Cameros en 29 de Abril de 1805; fué discípulo particular de D. Juan Ribera y de la Academia de San Fernando y uno de los primeros que asistieron á la clase de colorido establecida en la misma. Tomó parte en varias Exposiciones públicas celebradas por aquella corporación, habiendo elogiado la *Gaceta* y otros periódicos sus copias de la *Santa Isabel* de Murillo, *Los niños de la Concha*, y otros.

Entre los trabajos de este artista citaremos: *San Juan de la Cruz explicando filosofía*, y *Santa Teresa* para el convento de carmelitas de Logroño.

D. FERNANDO SAGREDO. En la Exposición del Circolo de Bellas Artes, celebrada en Madrid en 1883, presentó entre otras obras un *San Rafael* (boceto).

D. FRANCISCO SAINZ, natural de Lanestosa (Santander), y discípulo en Madrid de D. José Madrazo. En 1848 hizo oposición para las plazas de pensionados en Roma, ejecutando con tal motivo su lienzo de *Tobías volviendo la vista á su padre, con la hiel de un pez cogido milagrosamente*, habiéndosele concedido una pensión extraordinaria.

Este pintor, esperanza del arte, falleció á impulsos de larga y terrible afección cerebral en la madrugada del 12 de Junio de 1853.

D. EMILIO SALA Y FRANCÉS, natural de Alcoy y discípulo en Valencia de aquella Escuela de Bellas Artes, de D. Plácido Francés y D. Salustiano Asenjo. Entre los numerosos trabajos que le han valido justísimos premios, cuenta un cuadro representando á *Santa Isabel niña*.

D. MANUEL SALA JULIEN, nació en Cádiz en Septiembre de 1833, y estudió el dibujo en la Escuela de Bellas Artes de aquella ciudad, y posteriormente en la Superior de Madrid. Citaremos de entre sus obras: un *Retrato de Su Santidad Pío IX*, una *Virgen de la Soledad* para un oratorio particular, una *Dolorosa* para el cementerio de la parroquia de San Luis de Madrid, *Jesucristo crucificado* y crecido número de cuadros de devoción, que existen en varios templos de Andalucía y Madrid. Suyo es también un *Retrato de León XIII*.

D. ENRIQUE SALAZAR, natural de Bilbao, donde vió la luz en 1861. En 1882 terminó la carrera de derecho, que abandonó por dedicarse á la pintura, estudiando primero bajo la dirección del Sr. Lecuona en Madrid y después bajo la del Sr. Plasencia. En la Exposición verificada en Bilbao en 1882 presentó *La Virgen y el Niño*; obtuvo medalla de oro.

M. DE A.

(Se continuará.)

## JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

### OFRENDAS NOTABLES PARA EL SUMO PONTÍFICE.

Una de las ofrendas que supera en riqueza á las de los emperadores, reyes y presidentes de los Estados, es la de la Orden de los Cartujos, por su importancia, por su utilidad y por ser durable monumento de la munificencia de un Pontífice y de la caridad de los hijos de San Bruno, regalo que merece particular mención y exposición.

Mientras se agitaba el mundo católico, y continuaba agitándose con los preparativos de las mejores ofrendas para su Padre amado, los Cartujos ponían en el comienzo del presente año á disposición del Sumo Pontífice medio millón para levantar de planta un grandioso edificio en la Quinta llamada de San Bruno, propiedad de la Orden, y trasladar al mismo el Instituto ó Asilo de los jóvenes artesanos de San José, al que Su Santidad León XIII tanto ha protegido y dispensado beneficios sin cuento.

Este Asilo, que tiene una completa semejanza con el nuestro de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, de cuyos talleres sale á luz el *Boletín eclesiástico*, y cuyos jóvenes también están dirigidos por los Hermanos de la Doctrina Cristiana, habiase

fundado en Roma en 1879 por algunos piadosos habitantes de la Ciudad Eterna para instruir en la Religión y en la moral y también en las artes y oficios á jóvenes hijos del pueblo, bajo la tutela de San José, esposo de María, y en recuerdo y memoria del inmortal Pío IX, de feliz memoria.

Pareció, por tanto, al Sumo Pontífice la idea de la ofrenda de los Cartujos sobremanera excelente, la aceptación de Su Santidad sirvió á éstos de precepto, y era el 19 de Marzo cuando el Emmo. Cardenal Oreglia de San Esteban, rodeado de la nobleza, de numeroso pueblo y de 110 niños del Asilo con sus superiores los Hermanos de la Doctrina Cristiana, teniendo á su lado al Rvdo. P. Anastasio M. Briniaux, Prior de la Gran Cartuja y General de la Orden, al Secretario de la Congregación de *Propaganda fide*, y al General de los Capuchinos, colocaba la primera piedra y dentro de ella una hermosa vitela encerrada en tubo de cristal, en la que se consignaba la dedicatoria latina, para gloria de León XIII y bien de Roma y el objeto de la fundación, cual era solemnizar el Orden cartujano el fausto suceso del Jubileo Sacerdotal con esta demostración de su cariño al Pontífice, elevando á sus expensas suntuoso edificio en la Quinta de San Bruno para trasladar el Asilo mencionado, después de regalar el edificio á Su Santidad.

Concluida la ceremonia, el Secretario de la Propaganda, Mons. Jacobini, con fácil, dulce y elocuente palabra, habló á los concurrentes sobre la gran obra de la educación de los artesanos, las Ordenes contemplativas y el Jubileo Sacerdotal; y después, dirigiéndose todos procesionalmente á la capilla de San Bruno, que está en el mismo recinto, y cantado el *Te Deum*, recibieron una hermosa fotografía con el panorama de la quinta y dentro el plano y dibujo del nuevo edificio que se había inaugurado algunos momentos antes.

### EL ALTAR DE LA MISA DEL JUBILEO.

En el programa aprobado por Su Santidad para el orden de las fiestas que han de tener lugar en Roma á fines del presente año y principios del futuro, y que publicamos en el núm. 59 extraordinario del *Boletín*, correspondiente al 3 de Mayo próximo pasado, dícese que el Sumo Pontífice León XIII celebrará, por el mundo católico y por los que ofrecieron la limosna, la Misa de su Jubileo Sacerdotal el 1.º de Enero de 1888, en el altar que le será regalado en nombre de todos los fieles por la Comisión promotora de Bolonia:

Dicho altar lo está construyendo el Sr. Cayetano Moretti, arquitecto-decorador domiciliado en la vía Vivaio, núm. 14, en Milán, á quien le fué adjudicado en 28 de Julio del pasado año, en concurso público el primer premio consistente en 3.500 pesetas y ejecución de la obra, después de abiertos, examinados muy escrupulosamente y expuestos al público los cuarenta diseños que se presentaron. Era empresa muy difícil sobresalir ante un jurado tan inteligente y severo, compuesto de los mejores profesores de las Reales Academias de Milán, Venecia y Bolonia, entre tantos proyectos que concurren al premio, sobre todo en Italia, donde abundan obras del género de la agraciada, muy ricas en mérito, y esto mismo demuestra el que reúne la premiada.

El altar se acomoda por completo á las condiciones señaladas en el programa del concurso, según afirma el fallo del jurado, por lo que consta de tarima con gradas, mesas de 1,80 metros de longitud, retablo de dimensión proporcional en su parte superior, y de estilo ojival italiano, como los retablos que estaban en boga en el siglo XIV y primera mitad del siglo XV, teniendo además los accesorios del tabernáculo, candeleros, crucifijo, sacras, etc., y está dispuesto para adaptarse á cualquier pared lisa. Todo él es de madera tallada, dorada y pintada, y se compone de cuadros ó tablas de pintura, estatuas y bajo relieves, preparados de tal modo, que tras ellos hay huecos destinados á contener el mayor número posible de reliquias de Santos, encerradas en tecas, relicarios y urnas de varias formas, para lo que las tablas, cuadros y bajo-relieves son amovibles, y las estatuas de escultura giratorias sobre un eje, á fin de que en un momento dado, y con prontitud suma, puedan exponerse á la veneración pública las santas reliquias que llenan además los parapetos de la mesa y toda la gradería del dicho altar. El cual, en su forma ordinaria, ó sea cerrados los cuadros y cada efígie en su sitio, tendrá el aspecto de bellísima obra de arte cristiano, digna del Pontífice á quien se destina, y abiertos aquellos y separado todo cuanto sirve de cubierta á los huecos, aparecerá como un tesoro y preciosísimo relicario de los objetos más queridos

del corazón cristiano y de los restos de aquellos que nos legaron el grandioso ejemplo del sufrir, padecer y hasta dar la vida con inefable gozo por Jesucristo.

El Emmo. Señor Cardenal Bataglini, Arzobispo de Bolonia, colocará en el dicho altar las reliquias de los Santos Patronos de su ciudad, y las que de otros Santos guardan y conservan las iglesias de cada diócesis; con tal de que sean extraídas de lugares auténticos, por los respectivos Ordinarios, y remitidas por éstos á la comisión. Esta, cuando presente tan preciado regalo á Su Santidad, lo hará acompañando un elegante libro escrito en pergamino, en el que aparecerá el catálogo de las santas reliquias y los nombres de las diócesis y reverendísimos Patriarcas, Arzobispos, etc., que las envían y las ofrecen á su Santidad.

Hasta hoy son 49 los Prelados que han contribuido con cientos de reliquias, y en su día publicaremos la lista total de ellas.

Tal es el altar en que Su Santidad León XIII recordará en el comienzo del año futuro las primeras delicias eucarísticas y sacerdotales que experimentó el 1.º de Enero de 1837, y las novísimas que en medio de sus dolores le concede el Señor, pudiendo muy bien llamarse el altar de los consuelos del sacerdote y del Pontífice.

(Del Boletín Eclesiástico de Madrid.)

El primer número de la Revista *La Exposición Vaticana*, de que ya hemos dado cuenta á nuestros lectores, contendrá los retratos de Su Santidad, del Cardenal Schiaffino, Presidente del Comité promotor de la Exposición, una vista de la Basílica Vaticana y un dibujo del altar gótico destinado á la capilla privada de Su Santidad.

A las ofrendas que en nuestro último número dijimos con satisfacción suma habían prometido las Reales Academias Españolas para la Exposición primera, y después para la Biblioteca del Vaticano, podemos hoy añadir la no menos rica que unánimemente acordó presentar la Real de la Historia, y de cuya importancia daremos cuenta cuando la recibamos, como de todas las demás.

De otra ofrenda muy notable tenemos también noticia cierta. Trátase de cien cálices de plata con sus correspondientes estuches, que están ya terminándose, regalo del opulento y espléndido señor marqués de Casa-Jimenez para Su Santidad, á fin de que pueda destinarlos á las misiones ó iglesias de su mayor agrado.

Sabemos asimismo de alguna comunidad religiosa que tiene dispuesto riquísimo cáliz cuajado de piedras preciosas; de otra que está concluyendo delicada toalla y finos pañuelos para el uso especial del Pontífice actual, con sus armas y cifras primorosamente bordadas; así como de algunos hombres de letras que quieren remitir obras suyas ó ajenas, pero verdaderamente católicas, aunque se han extrañado de que la Sección 4.ª se haya dirigido sólo á colectividades respetables, mas no á los individuos en particular.

Se hace necesario, por tanto, declarar noblemente que á los fieles ya se dirigió el muy respetable Prelado en su hermosa pastoral sobre el Jubileo, que se repitió lo mismo en el núm. 60 extraordinario del *Boletín Eclesiástico*, llamando á todos y á cada uno á presentar alguna ofrenda, cuando se expuso y explanó el objeto del Jubileo y los medios de concurrir á él; y que la dicha Sección sólo podía dirigirse á aquellos para los que se le había dado misión, la cual le fué señalada en términos precisos al ser constituida por nuestro respetable Obispo en la Junta diocesana de 24 de Febrero próximo pasado, á saber: «cuidar muy especialmente de interesar á las Academias y corporaciones científicas para concurrir á la Exposición de arte cristiano», entender en el objeto de arte y redactar el *Boletín*, con todo lo que procuró cumplir fielmente hasta la fecha.

Vengan, pues, los hombres de ciencias y de letras con sus ofrendas católicas, y al efecto les recordaremos todo lo que pueden ofrecer, según lo dice el reglamento de la Exposición:

GRUPO III. — *Libros de culto*: Misales, Salterios, Graduales, Antifonarios, Breviarios, Martirologios, Rituales, Pontificales, Ceremoniales, etc. — *Libros religiosos*: Teología y Catequística, Moral y Casuística, Filosofía, Ascética, Historia, Biografía, Apología, Liturgia, Arqueología Sagrada y Epigrafía, Relieves y Monografías de monumentos sagrados existentes, diarios y periódicos religiosos, etc.

GRUPO IV. — *Arquitectura*: Proyectos y diseños de iglesia, capillas, altares, baptisterios, etc. — *Música*: Tratados y colecciones de música religiosa antigua y moderna, etc. Y venga todo cuanto cabe en la agrupación mencionada con tal que sea reli-



gioso y católico, porque esto y no otra cosa desea el Papa, porque esto quiere nuestro Prelado, porque esto procura la Sección 4.ª, y porque, en una palabra, Roma en la presente Exposición no es más que la repetición de Belén.

Cuando cumplidos los tiempos señalados nació en Belén Jesús, ó sea el Verbo desposado con la naturaleza humana en unidad de persona, oyó la tierra cantares angélicos que anunciaban aquellas bodas más que de oro para que los hombres de buena voluntad dieran gloria á Dios y disfrutaran de la paz, que es hija de la justicia; cuando llegue la hora en que se cumpla el año 50.º del desposorio que celebró en su primera misa el sacerdote Peccí con Jesús Eucarístico, también resonará un cántico en toda la tierra, del que estamos escuchando ya hace un año el bellissimo preludio: Gloria al Pontífice vicario de Cristo, ó sea á Dios que lo sostiene y conserva y guarda y protege, y paz en la tierra á los hombres de voluntad sincera.

Y si en el Oriente brilló cuando Jesús nació en Belén la estrella profetizada por Balaam, revelación á los gentiles de aquel nacimiento, la estrella del pontificado brillará de un modo especial, anunciando á toda gente que allí, en Roma, está el anciano elegido por Dios para regir su Iglesia y dar paz á los hombres, porque es el defensor de la justicia. Si entonces llegaron los pastores con sus ofrendas sencillas y los reyes con sus dones más ricos allegados de regiones distantes también de allende los mares, y de los altos montes y valles profundos, y de las ciudades populosas y de las humildes aldeas, vendrán á ofrecer al Pontífice los humildes y los grandes, los ignorantes y los sabios, los pobres y los ricos, sus dones, y la Exposición del Vaticano no será la exposición de la ciencia, ni del arte, ni de la industria, como lo son todas las exposiciones universales, sino la exposición de la fe católica y del amor de los católicos, y allí no cabrá objeto que no sea hijo de esta fe y de este amor. Que el dón sea pobre ó rico poco importa: el pastor llevará fruto de la tierra y grosura de su ganado, el sabio de su sabiduría, el rico de su tesoro; pero nadie llevará ofrenda que sea desagradable, que tenga algo del fruto del árbol prohibido, de la ciencia que hincha ó contraría á la ciencia de Dios. De otro modo también intentaría arrastrarse hasta penetrar allí el astuto, insidioso y tenebroso forjador de sistemas y negador de principios.

Si hay Herodes ó fariseos, que se contenten con preguntar á los que van á ofrecer donde está Pedro en quien Jesucristo fundó su Iglesia, pero que no vayan allí, ni envíen sus dones, porque no serían aceptados, por ser lo primero que Dios exige la buena voluntad, pues si en la gruta de Belén hubo una verdadera exposición de todas las ofrendas que se presentaron á Jesús y le fueron agradables, en el jardín del Vaticano habrá otra Exposición como la de Belén, ni más ni menos: por esto dijimos al principio Roma y Belén.

(Del Boletín Eclesiástico de Madrid-Alcalá.)

## NOTICIAS

Mañana 6, á las cinco de la tarde, se celebrará la solemne recepción por S. M. la Reina Regente del nuevo Nuncio de S. S. en Madrid, Mons. Di Pietro.

El profesor de la Escuela laica de Pons (Lérida) acaba de hacer pública, solemne y formal retractación de todos sus errores en acta extendida al efecto en la iglesia parroquial de aquella villa. Un nuevo y glorioso triunfo para el catolicismo.

Para las cuatro caras del pedestal que debe sostener la estatua del insigne P. Mariana, de la Compañía de Jesús, en Talavera de la Reina, ha aprobado la Real Academia de la Historia una inscripción latina y tres castellanas que ha presentado el también jesuita P. Fita. Dice la latina:

IOANNI. MARIANAE  
CAESAROBRIGENSI  
SAC. E. SOC. IESV  
SPLENDIDISSIMO  
HISTORIAE. LVMINI  
STATVM. PVBLICE. DECRETAM  
CONCIVES. A RE. CONLATO  
EREXERVNT. A. D. MDCCCLXXXVII

La segunda inscripción dice:

«Nació en el año 1536.»

La tercera:

«Al P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, doctor sapientísimo, escritor clásico, Príncipe de los historiadores españoles, Talavera de la Reina, su

patria, erigió por suscripción nacional este monumento, año 1887.»

La cuarta:

«Murió en Toledo á 16 de Febrero de 1624.»

Se han instalado en la antigua casa donde residían las Adoratrices en Salamanca las religiosas llamadas *Siervas de María*, institución moderna cuyo noviciado está en Madrid bajo la dirección del Reverendo P. Gabino Sánchez, y cuyo caritativo fin es prestar los auxilios necesarios á los enfermos en su propio domicilio. Salamanca cuenta, pues, gracias á los esfuerzos de algunas piadosas señoras que han contribuido, según la medida de sus fuerzas, con los recursos necesarios, con un nuevo instituto religioso, cuya necesidad se ha dejado sentir más de una vez en aquella población.

Ha sido bendecido solemnemente en Barcelona el nuevo edificio construido en la Barceloneta inmediato á la plaza de Toros y destinado á Salas de Asilo. Fué oficiante, por delegación del Excelentísimo é Ilmo. Sr. Obispo, el M. I. Sr. Dr. D. Francisco de Pol, dignidad de Maestrescuela y Vicario general de la Diócesis, siendo asistentes el Rdo. señor Cura párroco de la Barceloneta y el Rdo. Sr. Secretario cancelario de S. E. Ilustrísima. Asistieron asimismo otros sacerdotes, entre ellos el Rdo. P. Superior de la Casa de PP. de San Vicente de Paul y el P. Capellán de las Hermanas de la Caridad encargadas de las Salas de Asilo, el Sr. Matas en representación de la Diputación provincial, una comisión del Excmo. Ayuntamiento, la Junta de Señoras á cargo de la cual están las Salas de Asilo y otras personas, entre ellas D. Jerónimo Granell, autor del proyecto de edificio y director de la obra.

Teniendo en cuenta el Sr. Granell los buenos resultados que está dando la distribución del edificio de las Salas del Asilo de la calle de Aldana, la ha adoptado en el de la Barceloneta, con las pequeñas modificaciones que la configuración del solar exigía y la práctica ha hecho necesarias.

La ceremonia de la bendición terminó en la capilla del establecimiento, dedicada á San Juan Bautista, patrón del difunto marqués de la Cuadra.

Las Hermanas de la Caridad tenían ya organizada una de las salas de párvulos y se hallaban éstos en sus puestos y dispuesto el comedor para la comida. El número de niños de ambos sexos que cabrán en el edificio será de 500, destinándose el piso bajo para los más pequeños y el principal para los mayores. Estos tienen para desahogo un espacioos terrado, el cual, lo propio que los jardines y salas de estudio, se halla orientado al Mediodía. Son sumamente curiosos los pequeños lavabos de mármol que tiene cada sección y en los que pueden lavarse cómodamente seis niños á la vez. La cocina y demás dependencias son todas espaciosas y de económica construcción.

Acaba de ver la luz el *Anuario Pontifical*.

Según los datos que contiene, el Sacro Colegio se compone actualmente de seis Cardenales del orden de Obispos, 44 del de Presbíteros, y 13 del de Diáconos, habiendo siete capelos vacantes. El Cardenal Sacconi es el Decano, pues cuenta 26 años de Cardenalato; el más viejo es el Cardenal Newman, de 87 años de edad, y el más joven es Luis Neto, de 46 años.

En cuanto á sus respectivas edades, cinco son octogenarios, 27 septuagenarios, 16 sexagenarios, otros tantos quincuagenarios, y uno menos de 50.

Además del Sacro Colegio, la jerarquía eclesiástica de la Iglesia universal cuenta con 13 Patriarcas, 182 Arzobispos y 737 sillas episcopales.

De los Patriarcas, cinco son del rito oriental y ocho del latino; por último, sumando los Prelados de ambos ritos, los titulares y los que no lo son de *nullius Diocesis* resultan 1.231.

## BIBLIOGRAFIA

*La Gorriona*, por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús. Ilustrada por D. Apeles Mestres. Bilbao, 1887.

Una profunda y discretísima lección moral, la revelación completa de una alta personalidad literaria, un verdadero dije tipográfico y artístico... Todo esto se encuentra en el último librito publicado por el P. Coloma, librito que recuerda por su frescura á Fernán Caballero y á Trueba, y por su carácter y estilo á Pereda.

El P. Coloma había dado ya numerosas pruebas de su valía en el campo literario; pero *La Gorriona* acaba, como queda dicho, de revelar su personalidad literaria, constituyendo una promesa, cuya rea-

lización celebramos por anticipado todos los amantes de las letras. En estos tiempos en que tanto daño causa la novela perniciosa del naturalismo, hay necesidad de combatirla y de combatirla con sus propias armas. Pereda, Alarcón, Trueba, Polo Peyrolón y otros, están ya en la brecha desde hace años; pero el refuerzo del P. Coloma puede ser acaso decisivo para la buena causa.

La familia y la religión esperan muchísimo del novelista católico, cuyos artículos anteriores le han valido, en brevísimo espacio de tiempo, una justa reputación.

*Catálogo de la Biblioteca de la Asociación de Escritores y Artistas*.—Madrid, 1887. Imp. de Tello.

Este catálogo, cuya necesidad venía siendo muy sentida por todos los individuos de la Asociación de Escritores y Artistas, pone de manifiesto, así la verdadera riqueza bibliográfica de la corporación citada, como la existencia de algunos títulos, aunque no muchos, que seguramente no se encuentran en ninguna otra Biblioteca de Madrid.

## BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de fin de Junio último, ha acordado repartir la cantidad de cincuenta pesetas por acción, deducida ya la contribución correspondiente, á cuenta de los beneficios del año actual.

En su consecuencia, desde el viernes 8 del actual, de once de la mañana á tres de la tarde, y por el orden que se expresa á continuación, pueden presentarse los Sres. Accionistas en el Negociado de Acciones de la Secretaría, con los respectivos extractos de inscripción, á fin de percibir en el acto el expresado dividendo:

Viernes 8 de Julio 1887.—Letras del registro del extracto G, H, I, J, S y T.

Sábado 9 de id.—Idem id. A, L, Ll, U, V, Z y las inalienables.

Lunes 11 de id.—Idem id. B, C, M, N y O.

Martes 12 de id.—Idem id. D, E, F, P, K, Q y R.

Se advierte que los pagos se verificarán en los días que quedan señalados, y que desde el miércoles 13 en adelante se harán indistintamente.

Madrid 1.º de Julio de 1887.—El Secretario general, Juan de Morales y Serano.

## MUEBLES DE MADERA CURVADA

**THONET**

UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.

Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

## ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tipografía de los Hermanos Juan Bravo y C.